9688

Rioja

10

RIOJA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Representada por primera vez en el Teatro del Príncipe de esta córte.

N.° 230.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 35.
1854.

Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció; no quien lo alcanza
por vanas consecuencias del Estado.
(Rioja. *Epist. moral á Fabio.*)

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ISABEL.	Doña Teodora Lamadrid.
ELVIRA.	Doña Rita Revilla.
DON FRANCISCO DE RIOJA.	Don Joaquin Arjona.
EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.	Don Jose Calvo.
DON JUAN DE MENDOZA.	Don Manuel Ossorio.
DON PEDRO	Don Enrique Arjona.
DON GONZALO DE MENDOZA	Don Victoriano Tamayo.

La accion pasa en Madrid á principios del reinado de Felipe IV.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Rioja. Una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro, *entrando por el fondo.*—Rioja, *que sale por la derecha del espectador.*

Pedro. Oh dicha! y él que no espera...
(Llamando.)
Hijo? Francisco?
Rioja. *(Saliendo.)*
Señor,
qué sucede?
Pedro. Lo mejor
que sucedernos pudiera.—
Ha venido...
Rioja. Don Juan?
Pedro. Sí:
y al momento con su hermano...
Rioja. Ah! corramos.
Pedro. Es en vano,
que juntos vendrán aquí.
Rioja. Oh ventura! cuánto ansío
sobre mi pecho estrechar
al que supo libertar
la vida del padre mio.
Pero, dónde están?
Pedro. Ten calma.

669689

RIOJA. Ya la tardanza me enoja.
PEDRO. Escuchas?
RIOJA. Vamos.
(Se dirigen al fondo.)
JUAN. *(Entrando.)*
Rioja!
RIOJA. Don Juan! amigo del alma!
(Se abrazan.)

ESCENA II.

Dichos.—DON JUAN.—DON GONZALO.

PEDRO. *(A Gonzalo.)*
Yo tambien os felicito
por su dichoso viaje.
GONZ. Gracias.
JUAN. Sin mudar de traje
á veros me precipito.
Ved si es firme la amistad
que á vuestro amigo inspirais.
RIOJA. Vemos que nunca os cansais
de enaltecer la humildad.
Bravo soldado, pardiez,
de Flandes habeis venido:
dejadme, amigo querido,
abrazaros otra vez.
PEDRO. *(Dándole la mano.)*
Don Juan!
JUAN. Instante felice!
PEDRO. No es mi contento menor.
RIOJA. Mucho de vuestro valor
por todo Madrid se dice.
Mas nadie estraña la gloria
que vuestros hechos os dieron,
que los Mendozas nacieron
para fatigar la historia.
JUAN. Si eso es cierto, no soy solo
quien tiene en la gloria parte,
que si á mi me encumbra Marte,
á vos os corona Apolo.

RIOJA. Solo á demandar me atrevo
las coronas de ese Dios,
por rendirlas á los dos
á quien todo se lo debo.
JUAN. El genio solo es debido...
GONZ. *(A D. Juan.)*
Pues ya que has tenido el gusto
de abrazarle, será justo
que no demos al olvido
los deudos que has de tener
aguardándote en tu casa.
JUAN. Tienes razon. Ya sin tasa
(A Rioja.)
gozaremos el placer...
GONZ. Evitad comedimientos
y vamos.
PEDRO. Hay tal afan
JUAN. Voy.
RIOJA. Hasta cuándo, Don Juan?
JUAN. *(Con misterio.)*
Dentro de breves momentos
vuelvo.
RIOJA. Iré...
JUAN. De ningun modo.
Ya sabreis.
RIOJA. Contad conmigo.
JUAN. *(Despidiéndose.)*
Don Pedro...
PRDRO. Yo... nada os digo;
vos adivinadlo todo.
GONZ. *(Aparte á Rioja.)*
Tenemos que hablar los dos.
RIOJA. En todo serviros quiero.
GONZ. Vuelvo al punto.
RIOJA. Aquí os espero.
GONZ. Don Pedro...
JUAN. *(Aparte á Rioja.)*
Hasta luego.
RIOJA. Adios.

ESCENA III.

DON PEDRO.—RIOJA.

PEDRO. Celebro que haya venido
hoy que salgo de la villa;
pues si no...
RIOJA. (*Con sentimiento.*)
Vais á Sevilla,
señor?
PEDRO. Está decidido.
Y á seguirme no te venzo?
Y tengo al fin que perderte?
RIOJA. Padre, entregarme á la muerte
cuando la vida comienzo!
Buscar puerto en el olvido
hoy que el mar apenas toco!
PEDRO. Como has sufrido tan poco,
presumes que aun no has vivido.
Eres mozo, no lo estraño;
sigue pues; la vida es esa,
y la esperanza no cesa
hasta hallar el desengaño.
Yo viviré con tu madre:
feliz seré si consigo
que llore menos conmigo
la pérdida de tu padre.
RIOJA. De mi padre y vuestro hermano
á quien Dios tiene en su gloria:
de cuya vida es memoria
vuestro proceder cristiano.
PEDRO. Solo sentiré que sea
de tus acciones resorte,
esa ambicion que en la corte
sin freno se enseñorea.
RIOJA. Jamás: el orgullo impío
que el vano aplauso ambiciona,
no penseis que ya inficiona
mi pecho: no, padre mio.
No es ese afan de opulencia,

de tantos males fecundo,
quien me mueve á dar al mundo
señales de mi existencia.
Mis pensamientos aspiran
á otro fin, por otros modos:
hombre soy, los hombres todos
respeto y amor me inspiran,
y anhelo ansioso que aclame
de gloria lleno mi nombre
la fama, para que el hombre
tambien me respete y ame.
De esta manera me exhorta
el genio á quien me abandono :
los méritos ambiciono
que el premio poco me importa.
Para el alma que apetece
respeto solo y amor
¿dónde hay un premio mayor
que saber que lo merece?

PEDRO. Si esas pasiones que alabo
son las que tu pecho abriga,
dime entonces: ¿qué te obliga
á ser de la corte esclavo?
¿Valen por ventura doble
los hombres en este suelo?
Para saciar ese anhelo
que incita tu pecho noble,
los hombres en donde quiera
te dan lugar oportuno:
Dios contempla en cada uno
á la humanidad entera.

RIOJA. Otra pasion mas profunda
aquí me roba la calma.

PEDRO. Es amor?

RIOJA. Amor que el alma
en santo fuego me inunda.
Inmenso amor!

PEDRO. Corresponde
ella á tu cariño ciego?

RIOJA. Ella ignora todo el fuego
que en mi corazon se esconde.

PEDRO. Y es de estirpe..?

RIOJA. Muy preclara.

PEDRO. Y no temes su desvio?
RIOJA. No por eso, padre mio,
de amarla un punto dejara.
PEDRO. (*Con amargura.*)
Quien con esa intensidad
cualquier afecto concibe,
quizás condenado vive
á perpétua soledad.
RIOJA. La que esta pasion me inspira
es fuerza que la comprenda.
PEDRO. Y Dios conserve tu venda
si es tu esperanza mentira.
RIOJA. Corona anhela mi sien
que merezca sus amores
y los inmensos favores
que he recibido...
PEDRO. (*Resignándose.*)
Haces bien.
Sabes, que el noble no olvida
jamás mercedes tan grandes,
que D. Juan Mendoza en Flandes
salvó á tu padre la vida.
RIOJA. Y él y su hermano mayor
Gonzalo, galan mancebo,
nos obligaron de nuevo
con otro inmenso favor.
PEDRO. Tú estabas en Salamanca:
no lo olvidaré: qué dia!
su recuerdo todavia
copioso llanto me arranca!
Tu padre administrador
fué de bienes del Estado,
modesto sueldo alcanzado
en premio de su valor.
Era en Sevilla, y el rey
mandó que fuese librada
cierta suma recaudada
con urgencia: como es ley,
él con grande brevedad
á su servicio acudió:
rotas las arcas halló,
robada la cantidad.
Justicia á voces demanda

de Dios nuestro honor perdido:
y el cielo á piedad movido
á los Mendozas nos manda.
Bien me acuerdo: al emisario
del Rey le dijo don Juan:
»nuestras arcas os darán
»cuanto fuese necesario.»

RIOJA. Ah!

PEDRO. Y á tu padre el mayor
le dijo con voz sentida:
»no te salvamos la vida
»para vivir sin honor.»

RIOJA. Yo les debo, padre mio,
tambien mi ser, mi existencia;
por ellos con mas vehemencia
conquistar un nombre ansio.

PEDRO. Es verdad: en fin; yo voy
á que dispuestas estén
las postas: y tú tambien
vete previniendo, que hoy
el Conde-Duque te espera:
él mandó que te lo avise.

RIOJA. *(Con alegría.)*
Cielos!

PEDRO. Y ocultarlo quise
porque esto parte no fuera
á detenerte; mas viendo
que esa pasion que te enciende...

RIOJA. Hablarme el Conde pretende
otra vez?

PEDRO. Y yo comprendo,
pues ya la muerte sabrás
de su secretario...

RIOJA. Sí.
Vos sospechais que de mí
querrá valerse?

PEDRO. Quizás.
El te lo dirá despacio.

RIOJA. Oh! si por dicha...

PEDRO. Hijo, adios.

RIOJA. Cuándo decís..?

PEDRO. A las dos
vamos juntos á palacio.

ESCENA IV.

RIOJA.

Secretario! y de esta suerte
tener en palacio entrada!
Cielo! en la misma morada
donde Isabel... voy á verte!
Verla!...—Si el Conde me llama
secretario por ventura,
ocasiones me asegura
de ganar honrosa fama.
Y ella... con nuevo valor
servir á mi patria ansio.
Dadme ocasiones, Dios mio,
para merecer su amor.
Gloria mi pecho ambiciona,
que de ella digno me haga.
¡Cuánto la virtud halaga
cuando el amor la corona!
Qué tiemblo? Hacer quiere Dios
que me inspira esta inquietud,
un alma y una virtud
con el alma de los dos.

ESCENA V.

RIOJA.—GONZALO.

GONZ. Estais solo?
RIOJA. Don Gonzalo!
Venid, sentaos. Hoy me colma
(*Se sientan.*)
de favores la fortuna.
Feliz mi pecho si logra
mostraros que nunca olvida
las mercedes generosas...
GONZ. (*Interrumpiéndole.*)
No penseis que esa es la causa
de importunaros, Rioja.
El saber y la prudencia

que en vos la fama pregona,
me han movido solamente
á que en vuestras manos ponga
un asunto en que intereso
quizás la vida y la honra
de dos hombres.

RIOJA. Vuestro soy.
Hablad: serviros me toca,
cuando no por las mercedes
de que el alma os es deudora,
por pagar lo que es debido
al mérito que os adorna.

GONZ. De los cuatro secretarios
que al Conde ayudan ahora
á dar curso á las tareas
inmensas que le ocasiona
el favor del nuevo Rey,
uno es muerto.

RIOJA. Lo sé.

GONZ. En otra
ocasion, el Conde quiso
emplear en mi persona
este cargo; yo escusé
la pretension oficiosa,
y otro en tanto diligente
humilde lo pide y logra,
que tarde alcanza favores
quien nunca la frente dobla.
Hoy mi obligacion me manda
pretenderlo sin demora.

RIOJA. (Cielos!)

GONZ. El duque de Uceda
y el de Osuna...

RIOJA. Sé su historia.

GONZ. Ayer en palacios régios
vivieron con noble pompa;
hoy de la envidia acosados
en tristes cárceles moran.
De los dos he recibido
favores que el mundo ignora,
mas no por eso me eximen
de la obligacion forzosa.
Entrar pronto en el despacho

del Conde-Duque me importa;
y una vez cerca del Rey,
Dios y mi intencion piadosa
medios me darán que alivien
los pesares que ocasionan
al de Uceda su privanza,
y al noble Osuna sus glorias.

RIOJA. Mandad. (La esperanza mia..!)
Decidme, pues; en qué forma
os puedo ser provechoso
en la empresa?

GONZ. Vuestras obras
dignos aplausos y fama
os dan en la corte toda.
El Conde-Duque os distingue,
y vos sereis el que ponga
mi pretension en sus manos.

RIOJA. Si esta empresa no se logra,
mayor será mi disgusto
que el vuestro.

GONZ. Gracias, Rioja.
Mas yo me doy á entender,
supuesto que antes, por sola
su voluntad, quiso el Conde
darme ese cargo, y las cosas
no han cambiado; que hoy me juzgue
digno de la misma honra.

RIOJA. Y yo tambien considero
lo mismo; pues des que goza
del Rey los dignos favores,
sus disposiciones todas
justiciero le acreditan
con el pueblo.

GONZ. Y de otra forma
yo no quisiera...
(*Levántanse.*)

RIOJA. Dios haga
que los fines correspondan
al principio.

GONZ. Dais licencia?
Quisiera escribir dos notas,
sencillamente esplicando
la razon en que se apoya

mi pretension.

RIOJA. *(Señalando á la izquierda.)*
A esta sala
venid.

GONZ. Vuelvo sin demora.

ESCENA VI.

RIOJA.

Isabel mora en palacio...—
¡Qué pronto á mi mente loca
mil imágenes vinieron
brillantes y seductoras!
Ya me hallaba en el despacho
del Conde-Duque con gloria
trabajando en el aumento
de la nacion española,
y en mí fijaba Isabela
su mirada cariñosa.—
Esto quizás me separa
de su vista: mas, qué importa?
de esta manera comienzo
á pagar con mano propia
deudas que del pecho noble
ni mi amor ni el tiempo borran;
y es tan pura esta pasion
que al bien constante me exhorta,
que cuanto el alma se muestre
mas noble y mas generosa,
juzgo que está donde quiera
mas cerca del bien que adora.

ESCENA VII.

RIOJA.—DON JUAN.

JUAN. Estais solo? ¿no importuna
mi presencia?

RIOJA. Ilustre amigo!
Hoy generosa conmigo

se ha mostrado la fortuna.

JUAN. El ser buscado es pension
que siempre al ingenio esmalta.

RIOJA. Lo que de ingenio me falta
suplirá mi corazon,
si es tan feliz mi humildad,
que en algo serviros pueda.

JUAN. Anhelo que me conceda
vuestro pecho su amistad,
y...

RIOJA. Dudais?

JUAN. Favor inmenso
que me hará vuestro cautivo.

RIOJA. Esa es merced que recibo,
que no favor que dispenso.
Cómo es posible dejaros
de estimar, don Juan, al veros
quien antes de conoceros
tuvo obligacion de amaros?

JUAN. Juro á la espada que ciño,
que ese recuerdo me enoja;
quisiera de vos, Rioja,
mas espontáneo el cariño.
Pues no queda bien pagado
el libre amor que os demuestro,
cuando vos me dais el vuestro
mas por fuerza que de grado.

RIOJA. No, don Juan, vuestra virtud
igual afecto en mí gana.

JUAN. Sí; quizás será mañana
cariño la gratitud.
Buscamos gloria completa
bien que en diferente puesto,
y hacen camarada presto
un soldado y un poeta.

RIOJA. Creedme, señor don Juan,
que tanto vuestra nobleza,
vuestro contento y franqueza
aficionándome van,
que os amara de igual suerte,
aunque nunca vuestro brio
arrancara al padre mio
de los brazos de la muerte.

(Paséanse.)

JUAN. Pues como prenda mejor
del cariño que os prometo,
os revelaré un secreto,
y vos me hareis un favor.

RIOJA. Hablad pues.

JUAN. Yo, por fortuna,
amante rendido soy.

RIOJA. Y ese será desde hoy
un lazo mas que nos una.

JUAN. Vos amais?

RIOJA. Con toda el alma.

JUAN. *(Tomándole la mano.)*
Ah! bien! ¿qué vale la gloria,
qué vale de la victoria
conseguir la honrosa palma,
si amorosa y complaciente,
gozando en nuestro placer,
no hay una hermosa mujer
que la ponga en nuestra frente?

RIOJA. De amar vos, es consecuencia
que sereis amado al doble;
que amor de pecho tan noble
arguye correspondencia.

JUAN. De mi bien es conocida
la pasion que le profeso;
y en su respuesta intereso
la ventura de mi vida.
Y sabreis que me desvela
digno amor, honrosa llama,
cuando sepais que se llama...

RIOJA. Cómo?

JUAN. Isabela...

RIOJA. Isabela!
Dama de la Reina!

JUAN. Sí;
en palacio...

RIOJA. (Suerte mía!...)

JUAN. Qué os sorprende?

RIOJA. La alegría...
el gozo.

JUAN. Pues vos...

RIOJA. La vi;

y bien os merece ella,
y vos, bien la mereceis.

JUAN. Por dicha la conoceis?

RIOJA. Sí... la he visto, y es muy bella.
Vos... la conoceis?

JUAN. Ay triste!
Por eso su amor imploro;
adorarla cual la adoro
en conocerla consiste.
Escuchad:—quién?
(Sintiendo en la izquierda ruido.)

RIOJA. Vuestro hermano
que escribe.

JUAN. Saldrá?

RIOJA. No sé.

JUAN. Voy á ver.
(Se acerca á la puerta.)

RIOJA. (Cielo! ¿por qué
me confunde asi tu mano?)
(Momento de silencio en que Rioja trata de reponerse.)

JUAN. Sí; no juzgueis mi aficion
pasatiempo ni mentira.

RIOJA. Cuando es ella quien la inspira
será violenta pasion.

JUAN. Es aire tranquilo y puro
que yo sediento respiro;
es punto en que unirse miro
lo pasado y lo futuro.
Y aunque esta pasion avara,
con mil dolores me hiriera,
cuando amarla no supiera,
yo mismo me despreciara.—
La vi, niño todavía
y al punto empecé á quererla,
que pensé que antes de verla
mi pecho la conocia.

RIOJA. La dijisteis: «Yo te adoro,»
y colmó vuestra esperanza.

JUAN. No: tan presto nadie alcanza
tan riquisimo tesoro.
Y yo me dije: «Hace bien:
soy un niño; en siendo hombre

ganaré aplausos y nombre
y cesará su desden.»

RIOJA. Y despues?

JUAN. Quiso la suerte
que á un hidalgo, rival mio,
una noche en desafío
le diera un hombre la muerte.
Culpáronme á mí: el veneno
de la calumnia apuré;
y aun dijeron que no fué
la muerte de bueno á bueno.
Ay! y ella, aunque esta pasion
ha tiempo que conocia,
no me amaba, y no podia
comprender mi corazon.
Temió manchar en el suelo
su aureola de querube,
y eclipsó con densa nube
su pura frente el recelo.
Herido por la perfidia
del mundo, con noble saña
quise yo que alguna hazaña
me vengase de la envidia.
Ceñí la espada, aunque niño,
ganoso de empresas grandes,
y arrestado fuí á Flandes
á merecer su cariño.
Si infunde aliento el amor
en los pechos castellanos,
lo dirán los luteranos,
testigos de mi valor.—
Ahora bien; si sois mi amigo...

RIOJA. (Cielos!)

JUAN. Demostradlo ahora:
del afan que me devora
sois el único testigo.
Llegad por Dios á Isabela
y decidla...

RIOJA. (Dios bendito!)

JUAN. Que no es posible el delito
que injustamente recela.
Sí; persuadidla elocuente,
que no mata cual traidor

quien ama y tiene valor
para matar frente á frente.
En mí de la injuria aquella
la satisfaccion repruebo;
porque la adoro, no debo
humillarme, ni aun á ella.
Pero vos...

RIOJA. (Tormento impío!)

JUAN. A vos os tiene respeto
la córte.

RIOJA. Sí; yo prometo...

JUAN. Oh! noble amigo!

RIOJA. Yo fio...

JUAN. Id y vereis cómo brilla
mas que el rostro el alma bella,
y el gérmen vereis en ella
de toda virtud sencilla.
Gérmen que existe profundo,
aguardando á que felice,
el amor lo fecundice
para embellecer al mundo.

RIOJA. (Oh!)

JUAN. No llegueis á creer
que mis quejas la deprimen;
ay! no me amaba; oyó un crímen
y se estremeció.

RIOJA. *(Con irresistible alegría.)*
(Oh! placer!)

JUAN. Id, y al mirar su candor,
al ver la luz que refleja,
hareis que escuche mi queja,
si sois mi amigo.

RIOJA. *(Avergonzado de su alegría.)*
(Ah! qué horror!)

JUAN. Amigo, si logro al cabo
por vos, el premio á mi fé...

RIOJA. Sereis dichoso.

JUAN. Y seré...

RIOJA. (Esto es morir!)

JUAN. Vuestro esclavo.

ESCENA VIII.

Dichos.—Don Gonzalo.

Gonz. Rioja?
(*Don Gonzalo le dá un papel.*)
Rioja. Quién? En este dia...
(*Recibiendo el papel.*)
Gonz. Adios, Juan.
Rioja. Adios, hermano.
Gonz. (*Dánse las manos.*)
Dios os guarde.—En vuestra mano
está mi suerte.
Juan. (*Con emocion.*)
Y la mia.

ESCENA IX.

Rioja.

(*Pausa.*)
Padre del alma! Oh! suplicio!
Perder mi gloria, mi amor!
¿Dónde encontraré valor
para tanto sacrificio?
(*Se deja caer sobre un sillon.*)
La virtud! Ay! riguroso
(*Se levanta trémulo.*)
su acento en mí se levanta,
y antes severo me espanta
que me anima cariñoso.—
Asesina á mi pasion
la gratitud... si yo cedo...
Pero es tan grande! Ah! no puedo!
(*Con salvaje sacudida.*)
ahogarla en el corazon.
El cielo! cuando él me llama
delante miro á Isabela,
y mi sangre se rebela
y ardiendo me dice: »ama!»

ESCENA X.

RIOJA.—DON PEDRO.

PEDRO. Hijo?
RIOJA. Quién llega?
PEDRO. Las dos:
ya es hora.
RIOJA. (Triste de mí!
quizás á Isabela allí
encuentre tambien! Oh! Dios!
engrandece tú mi pecho,
y muerto mi amor profundo,
podré quedar en el mundo
con el tuyo satisfecho.
Morir tan pronto!)
PEDRO. Salgamos.
RIOJA. (Ah! tiemblo el combate impío
que me aguarda.—Padre mio,
dadme valor!)
PEDRO. *(Alargándole el sombrero.)*
Vamos?
RIOJA. Vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio real: dos puertas laterales y una en el fondo. La de la izquierda del espectador conduce á las habitaciones del Conde-Duque; la de la derecha á las de la Reina y Doña Isabel.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL.—ELVIRA.

(Isabel está sentada y se apoya sobre una mesa, con muestras de pensativa. Elvira en pié, y á cierta distancia, la contempla fijamente.)

ELVIRA. (Mucho medita.—Tal vez
el amor que su excelencia
la ha mostrado... quizás lucha
con sus deberes y tiembla.
Entonces ¡ay, pobrecilla!
cuando una mujer acepta
la lucha, dá el primer paso
á ser vencida.—No llega
el Conde-Duque.) Señora?

ISABEL. *(Como despertando.)*
Elvira?

ELVIRA. ¿Cuándo la Reina
os recibe?

ISABEL. Pronto. (Ay, cielos!
y no viene!)

ELVIRA. Estais inquieta.

ISABEL. No; nada.
(Pausa breve.)

ELVIRA. (Quizás le aguarda.
Oh! no es posible; si apenas
su amor le ha dicho, temiendo
su enojo.)

ISABEL. *(Como queriendo salir de su enagenacion.)*
Dí: no me cuentas
lo que há poco te decia
Guevara, el ugier poeta
de la cámara del Rey?
ELVIRA. Es verdad: una ocurrencia
muy picante.
ISABEL. *(Distraida.)*
Siendo suya.
ELVIRA. No, no es suya: pero es buena.
Parece ser que en el Pardo
anteayer, despues de siesta,
(Observándola.)
el Conde-Duque...
ISABEL. No sigues?
ELVIRA. No escuchais.
ISABEL. Dí.
ELVIRA. Segun cuentan,
se halló con Lopez de Zárate,
aquel á quien sus comedias,
y mas que todo su cara
melancólica y severa,
grande opinion le han valido
de filósofo y poeta.
Por burlarle el Conde-Duque
diz le preguntó con flema:
»*¿Cuando acabaráse el mundo,*
señor doctor?»—Y él sin muestras
de resentido, al momento,
inclinando la cabeza,
respondióle afectuoso:
»*Cuando mande vuecelencia.*»
ISABEL. Hizo mal; que el Conde-Duque
no perdona sus ofensas,
aunque las dore el ingenio
con sus sales y agudezas.
ELVIRA. Eso dicen: mas yo juzgo
que injustamente: él se precia
de protejer los ingenios;
y hay muchos que le motejan
de extravagante: pues dicen
que á las personas que emplea
en honras, cargos y oficios

las busca su diligencia
en los ocultos rincones
de las ciudades y aldeas.
Y es que á muchos ha sacado
de su habitacion modesta,
para honrarlos en el mundo
con hábitos y encomiendas,
sin otro merecimiento
que sus virtudes y letras.

ISABEL. Lástima que el Conde-Duque
no haya escuchado tu arenga.

ELVIRA. Vos no opinais de este modo?

ISABEL. Mucho al orgullo contenta
esto de hacer de la nada
señorias y excelencias.
Cuando es premiado algun hombre
de fama, cuna y hacienda,
su propio merecimiento
lo justifica y le deja
exento de agradecer
por favor la recompensa.
En esos que de las sombras
salen á la luz, se ostenta
mas claramente el poder
del hombre que los eleva.

ELVIRA. (Le ofende: tambien así
el amor se manifiesta.)
Pero con todo; aunque haciendo
alarde de su grandeza,
en unos su orgullo halaga,
en otros premia la ciencia.
Sirva de ejemplo Rioja.

ISABEL. Rioja?

ELVIRA. Sí.

ISABEL. En qué le emplea?
Qué cargo ejerce, qué oficio?

ELVIRA. Es su amigo.

ISABEL. Y bien?

ELVIRA. ¿Quién niega
que la amistad de un ministro
es un cargo de gran cuenta?
Y aunque dicen que le trata
verdades harto severas,

ni le aparta de su lado,
ni le ofende ni desprecia.

ISABEL. Despreciarle! Cuando un hombre
en el mundo representa
el brillo de las virtudes,
la luz de la inteligencia...
Despreciarle! no hay orgullo
que á tanto, Elvira, se atreva.

ELVIRA. Pues si es sabio y virtuoso
y el Conde tanto le aprecia,
á la ciencia y la virtud
respetándolo, respeta.

ISABEL. Ah! Tienes razon, Elvira;
la amistad que le profesa
el Conde al noble Rioja
es á mis ojos su prenda
de mas valor.

ELVIRA. (Ya transije.)

ISABEL. Mas siento pasos: quién llega?
(Observa un instante la puerta del fondo y aparece el Conde-Duque.)
El Conde-Duque.
(Con disgusto.)

ELVIRA. *(Observándola.)*
(Qué es esto?
es disgusto ó es sorpresa?)

CONDE. *(A Elvira que se ha adelantado.)*
Y bien?

ELVIRA. La plática ahora
era en alabanza vuestra.

CONDE. Retírate.

ELVIRA. Dios os guarde.

ESCENA II.

DOÑA ISABEL.—EL CONDE-DUQUE.

CONDE. Señora, me dais licencia?

ISABEL. Licencia vos, Conde-duque!
Entrad pues: ¿quién se la niega
al hombre que no la pide
en la ante-cámara regia?

CONDE. La bondad del soberano
no es ley que obligaros deba
y mas cuando yo sumiso
venero tanto las vuestras.

ISABEL. Oh qué galante! Sin duda
que serán muy halagüeñas
las noticias de la Holanda
y el Brasil?

CONDE. Vuestra presencia
es el remedio mejor
para disipar tristezas.
Precisamente he leido
hoy una sátira nueva,
que la *Cueva de Meliso*
se intitula.

ISABEL. Sí: sangrienta:
la he visto.

CONDE. Vos!

ISABEL. Qué os sorprende?

CONDE. Entonces sabreis que en ella
me calumnian.

ISABEL. Bah! Temeis
que mi amistad verdadera
por sátira mas ó menos
se debilite?

CONDE. *(Con fuego.)*
Isabela,
si esa amistad...

ISABEL. *(Interrumpiéndole.)*
Y sabeis
quién es el autor?

CONDE. Quisiera
descubrir... quizás Quevedo.

ISABEL. Ningun espacio le dejan
las desgracias de su amigo
el de Osuna.

CONDE. En fin; no es esa
la cuestion que ha de ocuparnos
aqui.

ISABEL. *(Con dignidad.)*
Vos direis.

CONDE. (Me hiela
esa espresion.)

ISABEL. (Ah! si viene
en tanto... si yo supiera
alejarle...) Conde-Duque?
CONDE. Señora?
ISABEL. Decid: ¿qué nuevas
hay de la guerra?
CONDE. *(La contempla un instante y dice con calma.)*
Perdido...
ISABEL. Cómo?
CONDE. Venció la fiereza
del contrario.
ISABEL. Cielos!
CONDE. Juzgo
que me hablareis de la guerra
con que vuestros bellos ojos
continuamente me inquietan.
ISABEL. Jesús, me habeis asustado.
CONDE. Pues qué ¿sereis tan severa?
ISABEL. No os perdono.
CONDE. Que sabiendo,
que el alma veros anhela,
al menos por verse libre
de sus penosas tareas
me priveis de ese descanso,
recordando las materias
del Estado?
ISABEL. Es que imagino
que habrá de pedirme cuenta
la nacion, de todo el tiempo
que le robo vuestra ciencia;
y os hablo de los asuntos
en que tanto se interesa,
para cargar de ese modo
algo menos mi conciencia.
CONDE. ¡Os encuentro escrupulosa
cuando clemente os quisiera!
Si vos por dicha anhelais
que tenga aliento y que sepa
velar en pro de la patria,
dadme, por Dios, Isabela,
esperanzas que me animen,
favores que me engrandezcan.
ISABEL. ¿Qué tendrá que hacer entonces

mi señora la condesa
de Olivares?

CONDE. (*Con sorna.*)
El servicio
de S. M. la Reina.

ISABEL. (Qué audaz!) Vos me recordais...
(*Levantándose.*)

CONDE. Cómo! Os vais?

ISABEL. ¡Quizás me espera...

CONDE. Tanto rigor..!

ISABEL. Mi deber...

CONDE. Y no puedo...

ISABEL. Tengo priesa.

CONDE. Y este fuego...

ISABEL. Son resabios
de cuando fuisteis poeta.

ESCENA III.

EL CONDE-DUQUE.—*Despues* RIOJA.

CONDE. Vive el cielo!.. No ha creido
mi pasion ó la desdeña,
ó con fingidos desdenes
porque le halaga, la aumenta?
El tiempo... ya la tardanza
vive Dios, que me impacienta.
Bueno que yo cuidadoso
del Rey la liberte y ella...
(*Aparece Rioja.*)
Quién? Rioja. Este podria,
si lograse... Qué le inquieta?
(*Entra Rioja muy agitado y mira fijamente la silla en que ha estado Isabel.*)

RIOJA. (Aun no vino... ay! ojalá
no la viese mas... No verla!
Morir! Sí! mas que la muerte
me horroriza la existencia
que me aguarda.—Me ama? O duda
que no debo... Angustia fiera!—
(*Pausa corta.*)
Aun delante de mis ojos

sus miradas centellean,
como despues que ha pasado
una noche de tormenta
la mente finge azorada
relámpagos que nos ciegan.)

CONDE. Rioja?

RIOJA. Ah! vos..? perdonad.

CONDE. Meditábais?

RIOJA. En la empresa
que vos ayer...

CONDE. Sí; merece
meditaciones muy serias.
Y habeis deducido..?

RIOJA. Es grande.

CONDE. Y de grandes consecuencias.

RIOJA. Pero...

CONDE. Las naciones todas
á la española sugetas
deben regirse tambien
por nuestras leyes, y fuera...

RIOJA. Como todas se han rendido
á condiciones diversas,
es preciso insinuarse
con muchísima prudencia,
para evitar un trastorno...

CONDE. Hablemos de otras materias.

RIOJA. Decid.

CONDE. Voy á revelaros
un secreto: una flaqueza
que me humilla, y que á ninguno
sino á vos se la digera.

RIOJA. Tanta merced...

CONDE. Vos prudente
me ayudareis á vencerla,
que es difícil, ó mas bien
á dejarla satisfecha,
y de este modo quizás
la satisfaccion la venza.

RIOJA. Ah! primero... perdonadme...
Responded á mi propuesta
favorablemente, y luego
disponed de mi existencia.

CONDE. Aunque el ilustre Mendoza

es muy digno por sus prendas
del cargo de secretario,
hay tambien quien le merezca...

RIOJA. Cómo?

CONDE. Y estaba elegido.

RIOJA. Quién?

CONDE. Vos.

RIOJA. Yo! jamás.

CONDE. Es fuerza.

RIOJA. Imposible, Conde-Duque,
imposible.

CONDE. Me interesa
mucho.

RIOJA. Pero...

CONDE. Así tendreis
en palacio entrada cierta
(*Con intencion.*)
á todas horas...

RIOJA. No puedo...

CONDE. (*Idem.*)
Podreis hablar á Isabela...
ya sabreis...

RIOJA. (Mi amor protege.)

CONDE. Voy...

RIOJA. (El infierno se empeña...)

CONDE. A estenderos el despacho.

RIOJA. Yo...

CONDE. Basta de resistencia.

ESCENA IV.

RIOJA.

El Conde sabe mi amor,
pues halagarlo procura;
todo ¡ay cielos! se conjura
en la ruina de mi honor.
Me horroriza la vileza
dó corro ciego, y ¡ay triste!
quiero huir y se resiste
la débil naturaleza.—

Los dos salvaron un dia
el honor, la vida. ¡Oh, Dios!
y yo cobarde á los dos
podré negarles la mia!—
No temas, padre; no pierdo
tu sangre que alienta en mi.
(*Pausa.*)
Cuando apartado de aquí
mi santo deber recuerdo,
con noble solicitud
por darles mi vida lucho:
llego aquí, y aquí no escucho
el grito de la virtud.
Esta mansion de los Reyes
inflama mi mente loca,
á medida que sofoca
mi obligacion y sus leyes.
Este aire que ella embalsama
en sed de amores me enciende,
y un placer que me suspende
por todo mi ser derrama.—
(*Tocando la silla de Isabel.*)
Aquí sus contornos bellos
reclina mi bien querido:
esta flor se ha desprendido
(*Sin atreverse á tocarla. La flor está en el sillon ó en la mesa.*)
de sus brillantes cabellos.
(*No pudiendo sufrir la fascinacion que egercen en su alma estos objetos, quiere huir.*)
Huyamos!.. Mi obligacion
lo impide; la debo ver.
Qué, solo obliga el deber
cuando calla la pasion?
Sepa de una vez por mi
que es inocente D. Juan:
y si algo dice este afan
del infierno que hay aquí;
y si es tan dura su estrella
que es verdad lo que sospecho,
ahogue dentro del pecho...
Pasos... Ah! Valor! Es ella.

ESCENA V.

RIOJA.—ISABEL.

RIOJA. Señora?
ISABEL. (*Con agradable sorpresa.*)
Ah! vos...
RIOJA. (*Sin mirarla.*)
Si es estraña
de este lugar mi presencia...
ISABEL. Me es de suma complacencia
tan agradable compañía.
Hoy os aguardaba...
RIOJA. (*Interrumpiéndola.*)
Vengo...
ISABEL. (*Con sencillez y espontaneidad.*)
A verme...
RIOJA. A hablaros, señora,
de un asunto...
ISABEL. Eso aminora
el gusto que en veros tengo.
RIOJA. Por qué?
ISABEL. Porque yo querria
que para venirme á ver
solo os moviera el placer
de estar en mi compañia.
RIOJA. Es tan grande,
(*Conteniendo su involuntaria espontaneidad.*)
que ni un punto
debo gozarlo.
ISABEL. No entiendo...
RIOJA. Perdonad: solo pretendo
hablaros del otro asunto.
ISABEL. Decid.
RIOJA. D. Juan de Mendoza,
galan de tanta fortuna ,
que por su espada y su cuna
de iguales aplausos goza;
vos... ya sabeis...
ISABEL. Proseguid.
RIOJA. Que el amor que os ha tenido...
ISABEL. (Se turba.)

RIOJA. La causa ha sido
de entrar valiente en la lid.—
Ha mostrado la esperiencia
que fueron vuestros recelos
injustos; y así...

ISABEL. (¡Esto es celos
ó alarde de indiferencia?)

RIOJA. Ya que su lauro os ofrece,
premiad su heróico valor;
porque solo vuestro amor
pagará lo que él merece.—

ISABEL. *(Despues de contemplarle un instante.)*
(Veré...) Respondedle á eso,
que aunque el vulgo de improviso
hacerle cómplice quiso
de aquel infausto suceso,
Dios sabe que tal afrenta
jamás en él sospeché;
porque sé que me ama, y sé
que noble sangre le alienta;
(Las palabras de Isabel turban apesar suyo á Rioja: Isabel observa con placer su turbacion.)
que sin causa su despecho
recelos fingió en mi cara,
que tranquilo desechara
por indignos de mi pecho;
que celebro su heroismo,
no porque lauros ganó,
que antes de ganarlos, yo
lo celebraba lo mismo;
y en fin; decidle...

RIOJA. *(Abismado y sin escucharla.)*
(Y creia..!
Oh! miserable flaqueza!)

ISABEL. Que dudar de su nobleza
no lo consiente la mia.—
(Oh dicha! en vano procura
ocultar su sentimiento.)
Rioja?

RIOJA. *(Despertando.)*
Voy al momento
á anunciarle su ventura.

ISABEL. Advertid...

RIOJA. *(Volviendo.)*
Señora?
ISABEL. Os llamo,
porque vais en un error.
RIOJA. Cómo?
ISABEL. Apreciar su valor
no es decir que yo le amo.
RIOJA. Pues vos...
ISABEL. Aunque nadie ignora
que el aprecio á amar incita,
hay alma que necesita
de mas impulso.
RIOJA. Señora...
siento que don Juan no vea
premiado su amor sincero.
ISABEL. Y yo que tal caballero
injusta ó vana me crea.
Me dijo su amor profundo,
siendo niña inadvertida,
cuando el alma sorprendida
de hallarse en mitad del mundo,
en nada quiere poner,
suspensa, todo su amor;
pues juzga que aun es mejor
lo que le resta que ver.
Avara de mi tesoro,
no quise arriesgarme á amar;
cuando el cielo dió lugar
á la muerte que aun deploro.
Y aunque nunca el pecho mio
sospechó de su valor,
esta desgracia á su amor
vistió de un tinte sombrío.
Aprensiones que me hicieron
olvidarme de su afan.
Partió á la guerra don Juan,
y al palacio me trajeron.
RIOJA. Y aquí, dó amar no permite
la ambicion que reina sola,
vuestra cándida aureola
no temeis que se marchite?
ISABEL. Aquí he pasado los dias
solitaria entre el concurso,

y halagándome el discurso
con sabrosas fantasías.
Mas si mucho tiempo el alma
de sí misma se alimenta,
rendida se desalienta
y solo apetece calma.
Y ya postrada la mia
en profunda languidez,
tal vez lloraba, y tal vez
de sus sueños descreia,
cuando una esperanza pura
que siempre conmigo llevo,
ha reanimado de nuevo
mis ensueños de ventura.

RIOJA. Nadie realiza, Isabel,
esa esperanza querida,
y una esperanza perdida
es un tormento cruel.

ISABEL. No es tanta mi presuncion,
que me llegue á persuadir
que nadie sabe sentir
cual siente mi corazon.
Hay alguno... mi deseo
me lo finge de contino.
En la mente le imagino...

RIOJA. Pero en el mundo...

ISABEL. *(Cediendo á un impulso irresistible.)*
Le veo!
Alma grande!

RIOJA. (Suerte impía!)

ISABEL. Y al verla tan noble y bella,
penetrar quisiera en ella
para engrandecer la mia.

RIOJA. (Cielos!) Licencia me dad...

ISABEL. Os retirais?

RIOJA. Me retiro...

ISABEL. Os molesto; bien lo miro.

RIOJA. Ah! Señora...

ISABEL. Perdonad.
En este encierro sombrio
vive el alma tan esclava,
que ya sedienta anhelaba...
Ah! perdonadme.

RIOJA. (Dios mio!)
ISABEL. El amor! Aunque este nombre
nuestra existencia contiene,
tan pequeña parte tiene
en la existencia del hombre...
RIOJA. *(Arrastrado á pesar suyo.)*
El amor! Cuando esta idea
me halagaba con su encanto,
del alba, del régio manto
de Dios, que en la noche ondea;
de los bosques escondidos,
del mundo se desprendia
una celeste armonía
que embriagaba mis sentidos.
ISABEL. Y despues?
RIOJA. Dulce, y aguda
la voz armoniosa oí
de un ángel qne para mí
del cielo bajó sin duda.
ISABEL. Y amásteis?
RIOJA. Dios es testigo
de que ninguno mayor...
Qué importa? si aqui....
ISABEL. Ese amor...
RIOJA. *(Con acento desesperado y comprimiéndose el corazon.)*
Aquí morirá conmigo.
ISABEL. *(Exaltándose por grados.)*
Ah! y ese amor tan profundo
que será virtud sublime
en vuestro pecho, que gime
por embellecer al mundo;
amor que forma infinito
el alma grande de dos:
que ya la mano de Dios
en los cielos tiene escrito:
¿quién en la tierra conspira
á sofocarlo cruel?
¿Quién le roba su laurel
á la mujer que lo inspira?
RIOJA. Ah!
ISABEL. Decidme: ¿y no os aterra
agostar con mano dura

la virtud y la ventura,
el bien, la gloria que encierra?

RIOJA. *(Trémulo.)*
(Mi deber...! Deber impío!
¿A quién le debo la fé,
(Con ansioso egoismo.)
el amor que yo inspiré...
yo solo! que es todo mio!
á nadie!)

ISABEL. (Tiembla.)
(Se contemplan un momento, y Rioja se lanza á ella.)

RIOJA. Isabela.

ISABEL. Quién!

RIOJA. Tú!

ISABEL. Cielos!

RIOJA. Sí; comprende
cuanto el fuego que me enciende
poderoso te revela.

ISABEL. *(Con angustia.)*
Ay!

RIOJA. *(Con ansia y queriendo sofocar el grito de su conciencia.)*
¿Es verdad que si Dios
este amor nos ha infundido,
hacer con él no ha querido
el suplicio de los dos?
¿Que es un crímen que perezca
mi existencia, mi querer?
¿Es verdad que debo hacer
que ante el mundo resplandezca?
¿que este amor es un tesoro
que debo á la humanidad?
¿Es verdad... ay! es verdad
que me adoras y te adoro?

ISABEL. *(Desfallecida.)*
Rioja... vos... ay de mí!
no puedo...
(Se apoya en un sillon, y luego se deja caer en él.)
Yo desvario...

RIOJA. *(De rodillas y besándola una mano.)*
Isabel!

ISABEL. (Cuándo, Dios mio,
tanta dicha mereci?)
RIOJA. Mírame, y eterno sea
el amor que nos inflama.
(*Pausa corta: suena un reloj.*)
ISABEL. Ah! despierta!
(*Se levantan.*)
RIOJA. Quién nos llama?
ISABEL. Un palacio nos rodea!
Jamás en estas moradas
amor sonó tan supremo;
y que lo repitan temo
sus ecos en carcajadas.—
Adios, que la reina ya...
(*Tratando de reponerse.*)
RIOJA. Tu amor!
ISABEL. (*Con la mayor espansion.*)
Ah!
RIOJA. Dios lo ha querido.
ISABEL. Pues nos hemos comprendido,
quién separarnos podrá?
(*Pausa en que Rioja trata en vano de reponerse.*)

ESCENA VI.

RIOJA.—*Despues* DON GONZALO.—DON JUAN.

Qué es esto? sueño, deliro...?
no; no hay duda: yo la oí;
aun suena dentro de mí
su dulcísimo suspiro.
Ah! me espanta la violencia
de este fuego que me enciende...
Oh! sí, parece que tiende
á devorar mi existencia.—
Pasos? Oh! quiénes vendrán
á despertarme?
GONZ. Rioja?
RIOJA. (Don Gonzalo!)
GONZ. A vos me arroja...
JUAN. Oh! noble amigo!

RIOJA. (Don Juan!)
(Rioja queda inmóvil y confundido en medio de los dos.)
GONZ. El deseo...
RIOJA. (Amigo dice!
amigo!...)
GONZ. Decid.
RIOJA. El Conde...
GONZ. Le hablásteis?
RIOJA. Sí...
GONZ. Qué responde?
RIOJA. (Oh! situacion!)
JUAN. *(Llevándoselo aparte.)*
Y qué dice?
Respondedme por piedad.
Yo la he visto.
RIOJA. Cuándo?
JUAN. Aquí...
(Con alegría.)
al pasar... Brillar la vi
de amor y felicidad.
RIOJA. Y qué? Le hablásteis?
JUAN. No; pero...
no es ilusion mi esperanza?
Decid, vuestro ruego alcanza
compasion?
RIOJA. (Oh, Dios! yo muero!)
JUAN. No es engaño? su alegría,
su celestial espansion,
felices señales son,
que anuncian la dicha mia?
Vuestro lábio satisfizo
su temor, su injusta ofensa,
y amorosa recompensa
el agravio que me hizo?
Le dijisteis...?
RIOJA. Sí, por Dios;
le dije...
JUAN. *(Reparando en su turbacian.)*
Mas, qué ansiedad...?
RIOJA. *(Asustado.)*
Dudais vos de mi amistad,
don Juan?

JUAN. Cómo! estais en vos?
Dudar de la fé segura
de un amigo á quien respeto;
á quien fio mi secreto;
á quien pido mi ventura;
á quien todo el mundo ama
por su virtud conocida...

RIOJA. *(Fuera de sí.)*
A cuyo padre la vida
le salvásteis y la fama,
y á mí tambien...

JUAN. Qué os altera?

RIOJA. El honor!

JUAN. Callad.

RIOJA. Oh! no,
que honrado no fuera yo,
si mi padre no lo fuera.

JUAN. Pero...

RIOJA. (*Despues de un momento en que se repone y parece haber tomado una resolucion horrible.*)
Nunca, segun dice,
de vos sospechó.

JUAN. Dios mio!

RIOJA. Nunca!

JUAN. Y mi amor..?

RIOJA. Yo lo fio,
lo juro, será felice.

JUAN. Abrazadme.

RIOJA. No, por Dios,
no! despues... si lo consigo.,.
Don Gonzalo?

JUAN. (Oh! noble amigo!)

RIOJA. Secretario sereis vos.

GONZ. Cielos!

RIOJA. Habrá que vencer
óbices: se vencerán.

JUAN. *(Volviendo.)*
Pero...

RIOJA. Quisiera, don Juan...
perdonad: tengo que hacer...

GONZ. Hasta luego.

JUAN. Adios.

RIOJA. Adios.
(*Pausa.*)
Yo traidor! horrible herida!
(Momento de silencio en que se repone.)
Aunque me cueste la vida,
serán felices los dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de doña Isabel, en el palacio.—Dos puertas laterales y una en el fondo, que deja ver un salon de paso, iluminado.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA.—EL CONDE-DUQUE.

ELVIRA. Aun no ha vuelto mi señora.
CONDE. Lo sé.
ELVIRA. Por mucho que tarde,
pronto...
CONDE. No importa.—He venido
primero, para informarme
del estado en que se encuentran
mis pretensiones.
ELVIRA. Dios sabe
que ha tiempo que no me curo
de asunto mas importante.
CONDE. En fin: qué dice? qué logras?
ELVIRA. No me atrevo á declararme
sino despacio, temiendo
que adivine nuestros planes.
CONDE. Tú no sabes abogar
por mi causa sin nombrarme?
ELVIRA. Y cómo?...
CONDE. Le hablas del mundo,
de la córte, de los grandes:
Celébrala su hermosura;
desvanécela, y con arte

inspírala tal orgullo,
ambicion tan arrogante
que no haya despues un hombre
que á satisfacerla baste,
sino el hombre que se llama
Conde-Duque de Olivares.

ELVIRA. Es muy jóven y no creo
que tan presto la avasalle
la ambicion: otro camino
se me figura mas fácil.

CONDE. Y cuál es?

ELVIRA. Vuestras palabras,
vuestro amor quizás la ablande.—
Venid en las altas horas
de la noche; cuando esparce
la sombra paz y silencio
y misterio en todas partes,
y una mujer solitaria
piensa que en aquel instante
la noche amiga proteje
á mil dichosos mortales;
entonces, mas facilmente,
su corazon se persuade
de las razones discretas
del apasionado amante.

CONDE. Atiende...

ELLIRA. ¿De este aposento,
vos no conservais las llaves?

CONDE. A Isabela se las dí
así que vino á habitarle.—
Tú quieres...

ELVIRA. Dice un poeta:
que en la ocasion favorable
la mujer y la fortuna
no quieren hombre cobarde.

CONDE. Pero al verme á tales horas...

ELVIRA. Es natural que se espante:
pero es tambien natural
que el temor de malquistarse
con la córte y con el Rey
le aconseje que se calle,
y que nada en vuestro daño
pretenda; seguis constante,

y si al principio os recibe
por temor, luego... ¿quién sabe?
Se mudan tan facilmente
los afectos...

CONDE. Es infame
tal proceder.

ELVIRA. Mi consejo...

CONDE. Es odioso.

ELVIRA. Desechadle.

CONDE. Las llaves... Dí: ¿tú pudieras
dármelas?

ELVIRA. Venid mas tarde:
juzgo que sí.

CONDE. Y ¿has notado
si dá muestras de inclinarse
á algun hombre? Ama?

ELVIRA. (Rioja!
cielos!)

CONDE. Sospechas?

ELVIRA. De nadie.
Oh! si logro...

GONZ. Dais licencia?

CONDE. Quién? Don Gonzalo, adelante.

ESCENA II.

Dichos.—DON GONZALO.

GONZ. (Ya Rioja le habrá dicho...)
Sabiendo que solo estábais,
vengo á hablaros de un asunto.

CONDE. Soy vuestro.

GONZ. Que en otra parte
tal vez pudiera robaros
momentos mas importantes.

CONDE. No solo cuando me encuentro
ocioso, podeis hablarme;
que siempre me hallan propicio
los sugetos de las partes
que os adornan.

GONZ. Siempre fueron
conmigo vuestras bondades

escesivas, y esa es hoy
la razon mas importante
que me mueve á dirijiros
una súplica.

CONDE. Mandadme.

GONZ. De los cuatro secretarios
que ocupais en los afanes
que os fatigan, he sabido
que está una plaza vacante.
Y yo recordando ahora
que vos quisísteis honrarme
otra vez con ese cargo...

CONDE. Cierto.

GONZ. Quisiera ocuparle,
para tener ocasion
de mostraros, que no en valde
vuestra bondad ha supuesto
en mí, voluntad constante
de servirle.

CONDE. Don Gonzalo,
mucho siento, así me salve,
deciros...

GONZ. Si hay quien se oponga...

CONDE. Por desgracia llegais tarde.
Esa plaza está ocupada;
y aun espero que os agrade...

GONZ. Quién?

CONDE. Don Francisco Rioja.

GONZ. (Cielos! Rioja!) Y él sabe...?

CONDE. Sí.

GONZ. Y admite?

CONDE. Su modestia
se opuso breves instantes:
mas despues.

GONZ. (Ah, falso amigo!
y pensé que ya...)

CONDE. Si os place
otro cargo, aun no provisto,
pedidlo, y sin otro examen
es vuestro.

GONZ. La voluntad
que os merezco, es lo bastante
para que yo me confiese...

obligado.

CONDE. De avisarme
primero...

GONZ. Me felicito
de mi tardanza; pues hace
que os sirva quien lo merece
mejor.

CONDE. Oh! no digo...

GONZ. Dadme
licencia...

CONDE. Mucho he sentido...

GONZ. *(Saludando.)*
Conde-Duque...

CONDE. Dios os guarde.
(Váse Gonzalo.)

ELVIRA. (Al que es su rival proteje...
si pudiera declararle...)

CONDE. Mucho tarda.

ELVIRA. (No me atrevo...)
(Pausa.)
Sentís pasos? Ella sale.

CONDE. Oh dicha! Déjanos solos.

ELVIRA. Pues qué, decidido estais..?

CONDE. Decidido á que esta noche
me favorezca ó rechace!

ELVIRA. Pero...

CONDE. Vete.

ELVIRA. Buena estrella!

CONDE. Vé con Dios.

ELVIRA. El os ampare.

ESCENA III.

EL CONDE-DUQUE.—DOÑA ISABEL.

ISABEL. *(Entrando con expresion de alegría.)*
Elvira?

CONDE. Señora.

ISABEL. *(Con disgusto.)*
Ah! Conde...
no pensaba...

CONDE. ¿Qué os admira?

Si cuando llamais á Elvira
otro criado os responde
que por serviros suspira.

ISABEL. Oh! Dios me libre....

CONDE. ¿Por qué
os dá mi afan pesadumbre?

ISABEL. (*Con intencion.*)
Soy pobre y nunca tendré
tesoro, que paga dé
á tan alta servidumbre.

CONDE. (*Resuelto.*)
No falta ningun tesoro
á quien amor le concede
el dulce mirar que adoro.

ISABEL. Paso, Conde. (Ya esto cede
en mengua de mi decoro.)

CONDE. Qué ¿no ha de alcanzar mi llanto
piedad?

ISABEL. (*Reprimiéndose.*)
Yo imploro la vuestra;
y, hablad de otra cosa en tanto;
que hablar de una misma tanto
escaso ingenio demuestra.

CONDE. No muestra sino el esceso
del firme, profundo amor
que á vuestra beldad profeso;
de este amor...

ISABEL. (*Interrumpiéndole.*)
Conde, pues eso
es muchísimo peor.

CONDE. (*Reprimiendo su enojo.*)
Señora..! baste de chanza,
y advertid, por vida mia,
que apura toda templanza
escuchar una ironía
quien aguarda una esperanza.
Cuando sigue vuestra huella,
cuando sedienta reclama
un alivio á su querella,
no es para burlar con ella
esta pasion que me inflama.

ISABEL. Yo creerla no queria,
porque...

CONDE. Creedla por Dios.
ISABEL. Tan vana me parecia,
que ni en vos, Conde, ni en vos
sospeché tanta osadía.
CONDE. (*Con ira.*)
Osado! Tanto, señora,
mi pasion os desvanece!
(*Isabel hace un gesto de indignacion.*)
Osado el hombre que adora
y por un favor que implora
su inmenso poder ofrece!
ISABEL. ¿Que yo rechace con ira
ese poder, os estraña!
¿que mi honor... Lástima inspira
que un hombre á quien eso admira
disponga del rey de España!
Huélgome de que el destino
me haya dado esta ocasion
de daros una leccion,
á vos, que llevais camino
de mandar una nacion.
Sabed por esta esperiencia,
que hay almas que no se venden
ni al poder, ni á la opulencia,
que solo nobles atienden
al grito de la conciencia.
Que si faltais al deber
y la adulacion traidora
calla, muchos ha de haber
que os desprecien, como ahora
os desprecia una mujer.
CONDE. (*Conteniéndose á duras penas.*)
Ah! no movais á furor
mi pasion, que no es delito
amaros.
ISABEL. Donoso error!
No sabe lo que es amor
el pecho de un favorito.
CONDE. Señora!
ISABEL. Si amor teneis,
aun mas irrita mi pecho
ese amor. ¿En mi qué veis?
qué liviandades me han hecho

digna de que vos me ameis?

CONDE. Isabel!

ISABEL. Conde, os lo ruego,
salid.

CONDE. Mas...

ISABEL. Salid!

CONDE. *(Con ira reconcentrada.)*
Señora...
(Ya te abrasará mi fuego.)
(*A Elvira que sale, en la puerta.*)
Las llaves!

ELVIRA. No puedo ahora.

CONDE. Cuándo?

ELVIRA. Despues.

CONDE. *(Con decision.)*
Hasta luego.

ESCENA IV.

ISABEL.—ELVIRA.

ISABEL. Elvira?

ELVIRA. *(Turbada.)*
Señora, mucho
he sentido, juro á Dios...

ISABEL. El qué?

ELVIRA. Si ha usado con vos
libertades, yo...

ISABEL. Qué escucho!

ELVIRA. Yo...

ISABEL. ¿Quién te ha dado esa nueva?

ELVIRA. Pensaba oir...

ISABEL. Aprension:
¿héle dado yo ocasion
para que á nada se atreva?
El Conde se porta en todo
como quien es.

ELVIRA. Yo crei
que enojada contra mí
estábais.

ISABEL. De ningun modo.
(Pausa.)

(Esta detencion me espanta.
¿Dónde está? ¿quién le detiene?)

ELVIRA. Alguien llega.

ISABEL. Vé quien viene.
(Oh! quién será, Vírgen santa?)
Quién?

ELVIRA. Don Juan.

ISABEL. (Suerte cruel!)

ELVIRA. Si dais licencia, señora...

ISABEL. *(Señal afirmativa.)*
(Yo necesitaba ahora
hallarme sola ó con él.)

ESCENA V.

Dichas.—DON JUAN.

JUAN. Agradezco, como es justo,
la licencia...

ISABEL. No hay motivo,
que yo en dárosla recibo
mas honor y el mismo gusto.

JUAN. Señora...

ISABEL. Tuve deseos
de veros...

JUAN. Ah! tanto bien!

ISABEL. De daros el parabien
por los ganados trofeos.

JUAN. Pues ese lauro adquirido
que tanto Madrid alaba...

ISABEL. Así, don Juan, lo esperaba
quien siempre os ha conocido.

JUAN. Pues á una duda siniestra
he debido tanto honor.

ISABEL. Y yo celebro ese error
que redunda en honra vuestra.
Pues hoy que á lidiar convida
de España el riesgo inminente,
solo es gallarda la frente
del rojo lauro ceñida.

JUAN. Isabela!...

ISABEL. Perdonad;

pero me siento indispuesta...
Permitidme...

JUAN. Si os molesta...

ISABEL. No; mas licencia me dad
de que vaya...—Solicito
saber despacio el suceso
de vuestras glorias; por eso
para otra vez lo remito,
en que pueda yo...

JUAN. Ah! señora,
jamás podré perdonarme,
si he venido...

ISABEL. Para honrarme
bien venís á cualquier hora.

JUAN. Y decid: tendré licencia
de volver á esta morada?

ISABEL. Se dará por muy honrada
con vuestra noble presencia.

ESCENA VI

DON JUAN.—ELVIRA.

JUAN. (Isabel me favorece.
Isabel!—Pues si me ha hecho
favores, por qué mi pecho
silencioso permanece?)

ELVIRA. (*Meditando.*)
(Don Juan...)

JUAN. (*Señalando al corazon.*)
(Por qué no responde
palpitando de alegría?)

ELVIRA. (Quizás librarme podria
del necio rival del Conde.
Veremos.) Amais con fé
á mi señora?
(Pausa breve.)

JUAN. Me alabo
há tiempo de ser su esclavo.—
Por qué lo dices?

ELVIRA. Porque
lástima grande me inspira

que un hidalgo tan apuesto
haya su cariño puesto
en quien no es posible...

JUAN. *(Interrumpiéndola.)*
Elvira!
medita por Dios en calma
lo que vayas á decirme;
puedes imprudente abrirme
eterna herida en el alma.

ELVIRA. Ya es inútil el sigilo
en este asunto, don Juan,
porque presto lo sabrán
todos en Madrid.

JUAN. Bien: dílo.

ELVIRA. No ha llegado á vos la fama
de Rioja, gran poeta?

JUAN. (Cielos.) Madrid le respeta.

ELVIRA. Y mi señora le ama.

JUAN. Y él?... responde.

ELVIRA. Mi señora
le ama: con esto os digo
que él la idolatra.

JUAN. Mi amigo!

ELVIRA. Vuestro amigo!

JUAN. Alma traidora!...
Nunca! sospecha cobarde!

ELVIRA. Yo misma...

JUAN. No puede ser.
(Elvira quiere replicar.)
(Y escuchar á esta mujer
es indigno...) Dios te guarde.
(Volviendo.)
Oh! dime...

ELVIRA. (Esto es hecho.)

JUAN. Cuándo...?
Tú sabes? contesta: dí?

ELVIRA. Yo, que se hablaban oí
con eco amoroso y blando.

JUAN. Y él, Rioja..?

ELVIRA. De rodillas...

JUAN. Despues... yo ví su ansiedad:
ví yo mismo,—esto es verdad,—
el rubor en sus megillas.

Pero, es posible?... no creo...—
él! Rioja! desvarío!—
Dónde le hallaré?—Yo ansío...
yo... matarle deseo.—
Traidor!

ELVIRA. (La ira le abrasa:
bien.)

JUAN. Es mentira, mentira...
pero, dónde?—Adios, Elvira.—
En palacio? no! en su casa.

ESCENA VII.

ELVIRA.—ISABEL.

ELVIRA. (Pobre Rioja!)

ISABEL. Oh! placer!
estamos solas?

ELVIRA. Se ha ido
ufano y desvanecido,
pensando solo en volver.

ISABEL. *(Echándose en un sillon.)*
Oh! cuánto sufrí!

ELVIRA. En palacio?
Cómo?

ISABEL. Sujeta y esclava,
cuando mas el pecho ansiaba
luz, y silencio, y espacio.
(Se levanta.)
Cuando era el primer momento
que me dijo voz divina:
«Es verdad cuanto imagina
tu exaltado pensamiento.»
Con mi amor, con mi tesoro
verme á solas anhelaba:
la soledad me llamaba
con cien imágenes de oro.
Y cuidar de aparecer
indiferente, serena!
Ay! nunca afligió la pena
lo que entonces el placer.

ELVIRA. (Loca está.)

ISABEL. *(Respirando.)*
(Gracias á Dios...—
Ya sola, no me entristece
la ausencia: ya me parece
que estamos juntos los dos.)
ELVIRA. *(Con disgusto.)*
(Qué feliz!)
ISABEL. Llamando están.
ELVIRA. Él quizás...
ISABEL. Sin duda: sí.—
(Suplicándola que se retire.)
Tú...
ELVIRA. (Cuando salga de aquí
tal vez encuentre á don Juan.)

ESCENA VIII.

ISABEL.—RIOJA.

(Isabel contempla un instante, con inquietud amorosa, la puerta del fondo. Aparece Rioja.)

ISABEL. *(Corriendo á él, y alargándole la mano con infantil alegría.)*
Ah! vos...
RIOJA. *(Apartándola.)*
Señora...
(Breve pausa.)
ISABEL. Qué es esto?
(Con timidez.)
¿Por qué tan tarde llegais?
RIOJA. Plegue á Dios, que no sintais
que haya venido tan prèsto.
ISABEL. *(Asustada.)*
Esa calma... qué me augura?
RIOJA. *(Contemplándola con calma feroz.)*
(Su rostro... no me amedrenta...
en él ya miro mi afrenta,
primero que su hermosura.)
ISABEL. Ay! esa calma cruel..!
¿qué me anuncia esa mirada
de aciago?

RIOJA. *(Sonriendo.)*
De aciago? Nada.
ISABEL. Hablad, por Dios.
RIOJA. Isabel,
escuchad.—Estais temblando:
tranquila me habeis de oir.
ISABEL. Ayudadme á decidir
si estoy despierta ó soñando.
RIOJA. Señora, si todavia
contemplais el mundo triste
tras el velo que le viste
vuestra jóven fantasía;
si ver cumplido esperais
el casto amor que os recrea,
sabed por triste que sea,
que entonces soñando estais.—
Mas si esa calma, esa duda,
que empieza á heriros funesta
rasga el velo y manifiesta
la triste verdad desnuda;
si veis que un alma que adora
cual la vuestra, no halla amor;
si ya sentis el dolor,
estais despierta, señora.
ISABEL. *(Abismada.)*
Que es mentira la existencia
que el puro amor nos anuncia!
Y vos, Rioja, pronuncia
esa terrible sentencia!
Decidme: no sois amado?
(Momentos de pausa en que Isabel contempla con la mayor inquietud el semblante de Rioja.)
Cielo! Esa mente creadora,
ese genio que aun ahora
revela vuestra mirada,
ejercitan su valor
hiriendo un cándido pecho,
cuyo señor os han hecho
la inocencia y el amor!
No: no es posible...
RIOJA. Ay de mí!)
ISABEL. *(Con ansiedad.)*
Sí, sí: ¿es verdad que los dos

nos amamos? Ay! por Dios!
(*Retrocediendo.*)
¿Por qué me mirais así?

RIOJA. Os ruego que no indagueis
si soy ó no vuestro amante.

ISABEL. Hablad.

RIOJA. Sabed, y es bastante,
que merezco que me odieis.

ISABEL. Decidme, por compasion,
decid...

RIOJA. Señora...

ISABEL. Ay! ¿os place
esta angustia? ¿Quién os hace
indigno...

RIOJA. Quién?.. La ambicion.

ISABEL. Vos!...

RIOJA. No observásteis en mí
siempre un influjo maldito
que ahogar intentaba el grito
de mi amante frenesí?

ISABEL. Era?...

RIOJA. La ambicion... que loca
me roba ha tiempo la calma.

ISABEL. La ambicion!

RIOJA. Sí... que en mi alma
el grito de amor sofoca.
Y el vuestro... nunca... Mi nombre
olvidad, que yo pretendo...

ISABEL. (*Con abatimiento y amargura.*)
Yo lo que pasa no entiendo
en el corazon de un hombre.
Yo no comprendo, ¡oh dolor!
cómo vos que me quereis,
vos que tan bien comprendeis
la existencia del amor,
pedis...—Pero esa ansiedad,
ese horrible afan, me dice
que fuérais mas infelice
que yo misma.

RIOJA. Ay! es verdad!

ISABEL. Entonces ¿pensais que sea
posible que os dé al olvido?
¿Cómo, si me habeis querido,

teneis de mí tal idea?
¿Pensais que mi amor os pide
solo placer y ventura,
y temeis que en la amargura
de vos cobarde se olvide?
Oh, jamás! jamás la pena
podrá cerraros mis brazos,
y aun son mas firmes los lazos
con que el dolor encadena.
Yo me alegro,—¿lo creereis?—
me alegro yo de este afan,
porque mis penas me harán
mas digna de que me ameis...
Cuando temblando os veia
tan grande en mi pensamiento,
mi escaso merecimiento
me angustiaba...—En este dia
que nos une, me parece
la flaqueza que os oprime,
y mi afecto mas sublime
á mis ojos aparece;
pues es deber de mi amor
demostraros que vais ciego.
Sí; lo hará; sin duda... y luego
el vuestro será mayor.

RIOJA. Ah! dejad al pecho mio
sufrir solo y perecer.

ISABEL. Aun me negais el placer
de sufrir por vos, impio?

RIOJA. *(Siente enternecerse, esto le irrita: Isabel quiere hablar y él la interrumpe.)*
(Oh Dios...!) Mi pecho reclama
la soledad, os lo digo,
quiero estar solo, conmigo,
solo!—Penetra quien ama
en el alma del que adora,
ve su llanto, su alegría,
y no quiero que en la mia
penetre nadie, señora.

ISABEL. *(Atónita.)*
Y lo confesais así!
Esto es horrible! es impio!
(Se deja caer en un sillon.)

RIOJA. (Qué me restará, Dios mio,
cuando me aparte de aquí?)
(Pausa.)

ISABEL. *(Enjugándose las lágrimas y esforzándose por parecer serena.)*
Ya estais libre... libre estais
de amor que tanto os enoja;
mas fué tan cierto, Rioja,
el mio...
(La interrumpe el llanto.)

RIOJA. (Cielo! no os cansais!)

ISABEL. Que aunqne nunca he de deciros
todo el mal que me habeis hecho,
de continuo en vuestro pecho
resonarán mis suspiros.—
No sufrais: esa inquietud
calmad.—Si amor manifiesto,
vos no me debeis por esto
ni afecto, ni gratitud;
pues no puede mi desden
hacer que el alma no os quiera:
si yo evitarlo pudiera...
Ay! os amara tambien!—
Perdonad: pena os inspira
mi llanto, mi angustia fiera;
pero es por la vez postrera...
Adios!
(Quiere levantarse y no puede.)
Ay! no puedo...—Elvira?
(Sale Elvira.)
Sostenme, ven.

ESCENA IX.

RIOJA.

Fuí traidor:
mi delito he satisfecho.
(Mirando al cielo.)
Grande es tu poder, que has hecho
mi castigo de su amor.—
Pero aun mas me atormentaba

despues del delito mio
aquel penetrante frio
que las médulas me helaba.
Sí; mucho mas: era el hielo,
el pasmo del deshonor.—
Caí; mas me dais valor
para alzarme; gracias, cielo.—
(Pausa.)
Mas, cómo, cómo á los dos
cumpliré mi juramento?
Oh! ya soy otro; ya cuento
con el auxilio de Dios.

ESCENA X.

RIOJA.—EL CONDE-DUQUE.—*Despues* ELVIRA.

CONDE. *(Entrando con cuidado.)*
Ya es hora de que se encuentre
en su cámara.
RIOJA. Quién llega?
Conde-Duque?
CONDE. Ah! vos, Rioja...
RIOJA. El cielo os guarde.
CONDE. Isabela?
RIOJA. Está recogida.
CONDE. (Llego
en buen hora.)
RIOJA. Dais licencia?
CONDE. *(Impaciente.)*
Tengo que hablaros. (Elvira
no viene.)
RIOJA. Decid.
CONDE. Es fuerza
que sepais... luego hablaremos
de otro asunto, la sangrienta
sátira...
RIOJA. Sí: ya la he visto:
de quién es?
CONDE. *(Sonriendo.)*
Dicen que vuestra.

RIOJA. Hacen mal: á otro podrian
perderle de esa manera;
pero culpándome á mí...
CONDE. Harán que nadie los crea,
y tanto que á vuestra pluma
encomiendo la respuesta.
RIOJA. Cómo!
ELVIRA. *(Saliendo.)*
Sois dichoso.
(*Al Conde-Duque.*)
CONDE. Elvira?
ELVIRA. Tomad.
(*Le da dos llaves.*)
CONDE. Oh gozo!
ELVIRA. Prudencia.
RIOJA. (Exige que yo conteste...
cada vez es la cadena
mas pesada. Don Gonzalo..!
Me holgara que me creyera
el autor. Asi...)
ELVIRA. Fortuna
y buen ánimo.
(*Vase por el fondo.*)
CONDE. No temas.
(*Con resolucion.*)
Necesito vuestra ayuda
para una arriesgada empresa.
RIOJA. Decid pues.
CONDE. Antes que nada
sabed que adoro á Isabela.
RIOJA. Vos!
CONDE. Con ansia.
RIOJA. Ella...
CONDE. No sé
si me teme ó me desprecia;
pero sé que tengo llaves
que me abran todas las puertas.
RIOJA. Cómo! decid....
CONDE. Y esta noche...
robarla... nada hay que pueda
sofocar dentro del pecho
el incendio que me ciega.
De vos tan solo me fio.—

Advertid que es grande prueba
de firme amistad, haceros
testigo de mis flaquezas.
Callad: ayudadme hoy;
mañana podreis vencerlas:
voy á mi cuarto: id despues.—
Pensad que de esta manera
vos sereis mas dueño mio
que dueño yo de Isabela.

ESCENA XI.

RIOJA.

El la adora! Amor impuro!
Adúltero amor! Y cuenta
con mi auxilio..! Miserable!
Corramos..! No; que no sepa
que yo... Sí; la gratitud
aumentara la violencia
de su amor... Y quién? Don Juan...
Qué tiemblo?.. Que él la defienda.
Valor!... que á ganar comience
su afecto. Vana quimera !...
me adora!... Horror!... Todavía
me complace... Oh Dios, clemencia!
De que servirá, Dios mio,
tanto sacrificio y pena,
si no logro hacer dichoso
á Don Juan?.. Cielos!.. qué idea!..
Segura!.. Horrible!.. No puedo...
¡Yo venir á su presencia,
guardando el amor infame
del Conde! De esta manera
muere su amor, y con él
tambien morirán sus penas.
Es un crímen que me ame;
es... Mi sangre se revela.
Mas qué importa que mezquino
por un momento me crea,
si cuando yo me consagre
al altar que ya me espera,

el tiempo la hará patentes
mi valor y mi inocencia?—
Voy á escribir á D. Juan.
El no conoce mi letra,
le diré que está en peligro
el puro honor de Isabela;
y yo vendré con el Conde,
y haré que ella me aborrezca,
me desprecie..! Oh! tal suplicio
es superior á mis fuerzas.
(Arroja la pluma.)

ESCENA XII.

Dicho.—Don Pedro.

Pedro. (*Viendo á Rioja.*)
Ah! por fin...
Rioja. Quién?
Pedro. Te buscaba.
Rioja. Ah! sois vos...
Pedro. Don Juan te espera.
Rioja. Dónde?
Pedro. En tu casa.
Rioja. (Dios mio,
es aviso?)
Pedro. Y me amedrenta
su aspecto.
Rioja. Cómo?
Pedro. Temblando
por la sala se pasea.
Ven, hijo: sin duda alguna
algun pesar le atormenta,
y busca auxilio y consuelo
en tu amistad verdadera.
Rioja. (Esto mas? Quizás ya sabe...
Valor, valor!)
Pedro. (Qué le inquieta!)
Rioja. (El que tuve para el crimen
me falta para la enmienda.)
Pedro. Vamos, hijo.
Rioja. (Sí... valor!)

Decid: Don Juan en la guerra
salvó la vida á mi padre,
es verdad?

PEDRO. Y ahora recuerdas?
Mil veces te he referido...

RIOJA. Y decidme: ¿con su hacienda
salvaron tambien su honra
los dos?

PEDRO. Pero...

RIOJA. Mi existencia
es poco... es verdad?

PEDRO. Tu padre
me dijo en la hora postrera...

RIOJA. Esperad: mientras escribo
una carta, dadme cuenta,
referidme...
(Se sienta y escribe.)

PEDRO. Mas qué tienes?

RIOJA. No, nada: no me molesta...
hablad.
(Sigue escribiendo.)

PEDRO. Me dijo tu padre:
»Voy á morir: mi conciencia
»tranquila aguarda la muerte:
»mas siento dejar la tierra
»sin haber podido nunca
»pagar una santa deuda...
»Sabes cuál es: tengo un hijo,
»que la deje satisfecha.»
Dijo y murió.

RIOJA. *(Acabando.)*
(Padre mio,
descansa en paz.) Esta esquela
haced que llegue á las manos
de Don Juan, y que él no sepa
que yo se la mando.

PEDRO. Importa?

RIOJA. Mas que la vida.

PEDRO. No temas.
Voy al punto.
(Sale.)

RIOJA. Vas á odiarme.
Horror!.. mi sangre se hiela.

Vamos... Oh! Tiembla de espanto
mi flaca naturaleza!
Imposible!.. y si D. Juan
no acude... dejarla espuesta
á que el vil..! Ah! Ya no dudo.
Vamos. Si D. Juan no llega,
Conde-Duque! yo... mi espada
sabrá... vamos: ya me espera.

ESCENA XIII.

ELVIRA, *por la izquierda.—Despues* ISABEL *por la derecha.—Las luces del salon del fondo se apagan.—El teatro queda muy escasamente iluminado.*

ELVIRA. Pero qué razon le mueve
á atormentarla?
(*Siguiendo á Rioja con la vista. Pausa.*)
ISABEL. Ay!
ELVIRA. (Es ella.)
Señora, y salís..?
ISABEL. Me ahogaba.
ELVIRA. Estais débil: mejor fuera...
ISABEL. Débil! te engañas: la fiebre
ha reanimado mis fuerzas,
para que pueda sufrir
todo el mal que me atormenta.
Y sin embargo... no puedo
sostenerme.
(*Se sienta.*)
Mi cabeza
es un volcan, y oprimido
mi pecho respira apenas.
ELVIRA. (Esta es la ocasion.) Rioja
sabrá el amor que os profesa
el Conde-Duque, y temiendo...
ISABEL. Calla: aunque olvidarme pueda,

él nunca podrá olvidarse
de sí.

VOZ. *(Dentro.)*
Tened.

JUAN. *(Idem.)*
He de verla.

ESCENA XIV.

Dichas.—DON JUAN.

ELVIRA. *(Asustada.)*
(Cielos! quién será?)

ISABEL. Qué es esto?
Don Juan!

JUAN. Oidme, señora.

ISABEL. Vos en mi casa á esta hora
tan osado y descompuesto!

JUAN. Perdonad: nunca valor
para enojaros tuviera,
si otra causa me moviera,
señora, que vuestro honor.

ISABEL. Mi honor!

JUAN. Aunque apenas creo
el pérfido intento aleve,
miro que á todo se atreve
de un poderoso el deseo.

ISABEL. Hablad.

JUAN. De la estancia vuestra
vendidas están al oro
las llaves.

ISABEL. Quién dice..!

JUAN. Ignoro...
me escriben...

ELVIRA. (Suerte siniestra!)

JUAN. Como es mi mayor virtud
tener un alma en que cabe
vuestro amor, la villa sabe
mi amante solicitud.
Y á alguno que bien me mira
este aviso le merezco.

ISABEL. (Cielo! Esto mas?) Yo agradezco...
pero es imposible.—Elvira,
¿es verdad que en torno mio,
reptil ninguno se esconde
capaz...?

ELVIRA. (Yo tiemblo.)

ISABEL. Responde.

ELVIRA. Señora, no sé: yo fio...

ISABEL. (Se turba...)

JUAN. Vos, Isabela,
indagad qué fundamento
puede tener el intento
que el anuncio me revela.

ISABEL. Capaz de tan torpe hazaña
no conozco á ningun hombre.

JUAN. Uno cita, cuyo nombre,
de aplauso goza en España.
Y al mismo tiempo asegura
que á mí descubrir me atañe
al otro que le acompañe
en la insolente aventura.

ISABEL. *(Muy agitada.)*
Cuanto dice...

ELVIRA. *(Escuchando.)*
(Ese ruido...)
(Elvira quiere irse: Isabel con una mirada la obliga á quedarse.)

ISABEL. Que es un engaño sospecho;
pero con todo, mi pecho
se confiesa agradecido.

JUAN. Dadme licencia, por Dios,
de salir á la defensa:
mirad que la misma ofensa
nos ofendiera á los dos.
Ah! lo juro! á vuestra fama
ninguno se ha de atrever;
que sois noble, sois mujer,
y es Mendoza quien os ama.

ISABEL. Llamaré mi gente toda,
y os consiento que os quedeis.

JUAN. Oh! dicha!

ISABEL. Mas no penseis
que es temor, no. Me acomoda

mostraros cuán infundada...
(Suena una llave en la puerta de la izquierda.)
Cielo! esa llave! ahí están!

JUAN. No tembleis.

ISABEL. Idos, don Juan.

JUAN. Dejaros! nunca! mi espada...

ESCENA XV.

EL CONDE-DUQUE.—RIOJA, *rebozados.*

ISABEL. (*Mirando al cielo.*)
En qué te ofendí!

CONDE. Ya es tarde,
y bien podemos llegar.
(Se adelanta y se encuentra frente á frente con don Juan.)
Ah!
(*Retrocediendo.*)

JUAN. Sí; debeis retirar
de aquí la planta cobarde.
Huid! Quien viene rastrero
á insultar á una mujer,
¿qué otra cosa puede hacer
al hallar á un caballero?

CONDE. (Tal mengua?)
(*Adelantándose.*)
Nunca creí...

JUAN. Que impidiera vuestra afrenta?

CONDE. Vive Dios que me contenta
hallarme con vos aquí.—
No tendré, viéndoos á vos,
ya remordimiento alguno,
que estancia que admite á uno
bien puede admitir á dos.

JUAN. (*Tirando de la espada.*)
Villano!

ISABEL. Tened!

JUAN. Mi espada
á no heriros se resigna,
porque esa sangre no es digna
de manchar esta morada.

CONDE. Ah!
JUAN. Salid de su presencia.
CONDE. Mi castigo! Cuanto valgo...
JUAN. El vuestro, si sois hidalgo,
lo llevais en la conciencia.
Id! y pues de este aposento
vais con la faz encubierta,
os dejo libre la puerta
al noble arrepentimiento.
Mas ved que si vuelvo á hallaros
profanando esta morada,
con la punta de la espada
el embozo he de arrancaros.
CONDE. Oh! de mi enojo temblad!
(*Sale.*)
JUAN. (*A Rioja.*)
Tened: no salgais, que quiero
veros el rostro.
RIOJA. Mi acero...
JUAN. Veremos.
(*Riñen.*)
ISABEL. Cielos! piedad!
RIOJA. (Que mire mi frente roja
de ignominia y de rubor.)
ISABEL. Ah! tened...!
RIOJA. (Muera su amor!)
(Deja caer á un tiempo la espada y el embozo.)
JUAN. Miradle!
ISABEL. Cielos! Rioja!
(Retrocede espantada.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una antecámara del palacio real.—Puerta á la izquierda, que conduce á las habitaciones del Conde-Duque: otra á la derecha que conduce á las de la Reina: una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Don Gonzalo, *con un pliego cerrado y una carta en la mano.*

Son las cuatro: el Conde-Duque
presto saldrá de su estancia.
Si ya recibió mi aviso,
qué dudo? El deber me manda
no vender á la persona
que muestra en mi confianza.
Sin embargo, la misiva
es tan nueva y tan estraña,
que á pesar de las razones
que me persuade la carta,
este paso... el pecho mio
no sé por qué lo rechaza.
(Lee la carta.)
«Quien es amigo vuestro y hombre de honor,
»os remite este pliego, para que vos lo pongais
»en manos del Conde-Duque. Esto importa á
»vuestro servicio y al suyo. Hacedlo sin recelo
»alguno, que la persona en quien todos ponen
»su confianza no tiene derecho á sospechar de
»nadie. Si quereis conocer al hombre que os dá
»este encargo, que puede seros provechoso,

»buscadle hoy á las cinco en punto en el salon de
»palacio que conduce igualmente á las habitacio-
»nes de la Reina y del Conde-Duque. El os mos-
»trará una sortija coronada de un fino diamante,
»en fé de la segura y firme voluntad que de ser-
»viros le asiste.»
Curioso estoy de saber
qué misterio... Mucho tarda
el Conde-Duque... Si en esto
se ocultase alguna trama...
Oh! desde aquel desengaño
que agudo hiere mi alma;
desde que pudo Rioja
olvidar mercedes tantas;
faltar á mi fé, faltar
á su honradez y á su fama,
donde quiera el pecho mio
sospecha nuevas desgracias.

ESCENA II.

Dicho.—El Conde-duque.

Conde. ¿Y quién le avisó, que así
me detuvo su arrogancia?
Ninguno sino Rioja
pudo... sospecha menguada!
Imposible! Su inquietud,
su zozobra, sus miradas,
¿qué me dicen?
Gonz. Conde-Duque!...
Conde. Ah! Mendoza!
Gonz. Os aguardaba.
Conde. Decid, pues; seré dichoso,
si en la presente demanda
os sirvo mas á mi gusto
que en la anterior.
Gonz. Hoy se trata
de otro asunto. He recibido,
bien que anónima, una carta,
rogándome que os entregue
este pliego.

CONDE. Cosa rara!
¿Y no dice?...
GONZ. Si el cuidado
con que su nombre recata,
os da á sospechar dañosa
intencion en quien lo manda,
echadle al fuego, ó prudente
haced lo que mas os plazca.
Yo cumplo con entregarle.
(Lo hace.)
CONDE. Afirma?...
GONZ. Que es de importancia.
CONDE. (*Lo abre.*)
Esta es letra de Rioja!
GONZ. Cómo?...
CONDE. Qué miro! La sátira!
GONZ. Cielos!
CONDE. La sátira infame!
GONZ. Rioja...
CONDE. Escrita y firmada
por él. Ved.
GONZ. Contra su honor
solo esta prueba no basta,
que hay hombres que falsifican
las rúbricas mas estrañas:
examinad su conducta
con detenimiento y calma,
y ella os dirá si esas letras
son verdaderas ó falsas:
si bien os sirvió, rompedlas
que de seguro os engañan.
CONDE. Su conducta tiene sombras
que harto desmienten su fama.
¡Que cada favor produzca
un ingrato!
GONZ. Ved...
CONDE. La plaza
que me pedísteis, Mendoza,
ya está vacante, ocupadla.
GONZ. Señor, no puedo admitirla
si el sosiego y la templanza
no ratifican el fallo
que ahora pronuncia la saña.

ESCENA III.

El Conde-duque.

Pero es posible? Hace tiempo
que el pueblo lo murmuraba:
su eterna inquietud, las sombras
de su rostro lo declaran.
Insensato! Y yo creia...
Oh! mi castigo á su infamia...
Pero... la córte le estima;
sus dulces versos alaba
y el pueblo, que ya rebelde
solo para odiarme aguarda
un pretesto, á sus verdades
achacará sus desgracias;
que el castigo del autor
dá crédito á sus palabras.
Ah! sí; prudencia. No quiero
romper tan presto la valla,
porque temo, si la rompo,
su descaro y mi venganza.
El pueblo! No ha mucho tiempo
que alegre me festejaba;
en mí, sin saberlo hacia
festejos á su esperanza;
como esta nunca se cumple
muy pronto su amor se acaba.
Quién se acerca? El es. El cielo
me dé suficiente calma.
(Aparece Rioja en el fondo.)
Bien en su pálido rostro
las traiciones se retratan.

ESCENA IV.

El Conde-duque.—Rioja.

Rioja. (Sí, pronto; salgamos
de estos sitios que me espantan;
pues temo que donde quiera
voy á encontrar sus miradas!)
Conde. Rioja?
Rioja. *(Con calma.)*
Ah! vos...
Conde. Os encuentro
muy pensativo...
Rioja. Pensaba...
Conde. *(Con sarcasmo.)*
Algun discurso moral?
Rioja. Puede ser.
Conde. Alguna sabia
epístola, que elocuente
la dulce virtud persuada?
Rioja. (Sin duda ya don Gonzalo
ha dado curso á mi carta.)
No consienten estos muros
inspiracion tan cristiana.
Conde. Es verdad: las almas grandes
cual la vuestra...
Rioja. (*Con calma.*)
(Dios me valga!)
Conde. Los espíritus sublimes
que solo verdades tratan,
como fuera de su centro
en los palacios se hallan.
Rioja. Es verdad.
Conde. Pues bien, Rioja,
grabando eterno en el alma
el inmenso sacrificio
que habeis hecho por mi causa,
resignándoos á poner
en el palacio la planta,
hoy rompo vuestra cadena
disponiendo de la plaza

que vos ocupais: os dejo
libre de prisiones.

RIOJA. Gracias.

CONDE. Lo entendeis?

RIOJA. Os lo agradezco.

CONDE. (Y no le sorprende! Oh, rabia!
Bien su corazon le dice
que es pequeña mi venganza!)
Además: reconociendo
vuestros servicios, en paga
un aviso voy á daros
que os puede ser de importancia.

RIOJA. Cuál?

CONDE. Que lejos de la villa
os halle el sol de mañana.

ESCENA V.

RIOJA.

¡Oh, virtud, ya he cumplido tu mandato
¿Por qué no siento tu celeste calma?
¿Por qué me das en cambio al sacrificio,
la fiebre lenta que devora el alma?...
Isabel!... Maldicion! ¡Oh padre mio!
¿Porqué cruel me distes una vida
condenada á martirio tan impío?
¡Horrible esclavitud! ¡injusta guerra!
¿De quién era mi amor? ¿Con qué derecho
el cielo ni la tierra
han podido arrancármelo del pecho?
Y yo pude...
(*Quiere entrar en la habitacion de doña Isabel y se detiene.*)
Ah! valor! Sí; que él la ame:
practicar la virtud y arrepentirse
es sufrir el martirio y ser infame.
(*Pausa.*)

ESCENA VI.

Dicho.—Don Pedro, *que entra lentamente por el fondo.*

Rioja. ¿Dónde hallar recompensa al bien que dejo
en brazos de un rival? ¿Dónde?
Pedro. Hijo mio!
Rioja. Quién me llama? Quién es?
(Contempla un instante á D. Pedro y dice con amargura.)
(La voz de un viejo;
la voz tranquila del sepulcro frio!*)*
(Pausa.)
Pedro. Siempre lo mismo!
Rioja. Padre!
Pedro. Me intimida
tu constante sufrir.
Rioja. Sí; no hay consuelo,
que tengo por desgracia mucha vida
que entregar al dolor.
Pedro. Jamás el cielo...
Rioja. Callad por compasion! El que pretende
darme consuelo alguno, hace mas triste
mi acerba situacion, pues mas me prueba
que ya ninguno para el alma existe.
Pero... Hablad sin embargo; sí, yo ansio
concebir algun grande pensamiento
que suspenda este impío
devorador tormento.
Habladme de la muerte, padre mio.
¿Es verdad que en el alma sin ventura
calma su imágen y placer derrama?
Hablad... Ese consuelo, esa dulzura
el corazon sediento la reclama.
Pedro. No, no imagines que privarte pienso
del honor de sufrir: sufre y padece,
que el corazon sufriendo se engrandece:
mas no te espante tu dolor inmenso.
El hombre tiene exagerada idea
del dolor y el placer: vendrán las horas
y ellas sabrán sacarte bienhechoras

del espanto y dolor que te rodea.

RIOJA. Sí; que lleguen y en rápida corrida
me arranquen de esta vida congojosa,
llevándome á otro mundo y á otra vida.
Oh! necio quien maldice
el revolver del tiempo y su carrera!
Si el tiempo no corriera presuroso,
¿qué fuera de los hombres? Ay! cuál fuera
mi existencia infeliz, si en este dia
su arrebatado curso reprimiera
y fija siempre ante mis ojos viera
la negra imágen de la suerte mia!

PEDRO. El olvido...

RIOJA. El olvido... Horror! ¿Qué gloria
promete al corazon que la ha querido?
Más quiero padecer con su memoria,
que ser feliz con el ingrato olvido.
Sí, dejadme que sufra: mis dolores
son el único lazo que me une
al apartado bien de mis amores:
y mientras sufra en áspera contienda
la horrible pena que me abruma impía,
pienso que no he perdido todavia
mi dulce bien, mi idolatrada prenda.

PEDRO. Infeliz!

RIOJA. Qué me resta, Isabel mia,
de la pasion tan pura
que en tí mi pecho descubrió aquel dia,
dia fatal! que eterno en mi memoria
gravaron el dolor y la ventura?
Qué me resta? la atónita mirada
que trémula de espanto me lanzaste,
cuando del dolo y la traicion manchada
mi confundida frente imaginaste.
Oh! Qué nuevo linage de tormento!
Siempre clavada en mí, por mas que ansio
apartarla... Gran Dios! Sí...

PEDRO. Qué te espanta?

RIOJA. Miradla!

PEDRO. Una mujer que se adelanta...

RIOJA. *(Temblando.)*
Pero es ella! Isabel!..

PEDRO. Qué desvarío...

RIOJA. Viene... verme desea
para matarme... huyamos...
PEDRO. Hijo mio!
RIOJA. Venid: llevadme á do jamás la vea!

ESCENA VII.

DON PEDRO.—DOÑA ISABEL, *saliendo por la derecha.*

ISABEL. Aun no vino...
PEDRO. (Su honda queja
el corazon me destroza.)
ISABEL. Era don Juan de Mendoza
el hidalgo que se aleja?
PEDRO. Nó señora. (Razon tiene
cuando su pérdida llora.
Infeliz!)
(Se retira por el fondo despues de contemplar á doña Isabel.)
ISABEL. Esta es la hora:
¿dónde está? ¿Quién le detiene?
Vengarse el Conde desea
y sabrá de cualquier modo...
Cielos!
(*Acometida de una idea espantosa.*)
Sí; lo temo todo
del mundo que me rodea.
Ah! todo... yo no sabia
dónde estaba... qué era el mundo...
Saber amargo, profundo,
he recibido en un dia.
Hado fatal! La existencia
no puede retroceder.
ví la verdad: no hay poder
que me vuelva la inocencia.
(Pausa.)
Debo el desengaño impío
al hombre que... alma traidora!
cuánto me avergüenza ahora
mi culpable desvarío!
El hombre á quien dí mi amor
contra mi honor conjurado.

el hombre de mi olvidado
defiende noble mi honor.
Engañada en mi querer,
del tirano perseguida,
solamente defendida
por don Juan... Sé mi deber.
Salvó mi honor... Desde ahora...
Mas cuánto tarda... Oh! qué afan!
pasos... quién es? Ah! Don Juan!

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL.—DON JUAN.

ISABEL. Qué os ha pasado?
JUAN. Señora...
ISABEL. Hablad.
JUAN. Inquieta por mí!
ISABEL. Sí; y en amarga tortura
os aguardaba.
JUAN. Oh ventura!
Isabel!
ISABEL. Es que temí...
JUAN. Fué temor.
ISABEL. A un poderoso
por mi teneis ofendido.
Vuestra muerte...
JUAN. No he nacido,
señora, tan venturoso.
ISABEL. Vos morir! Entonces ¿quién
vive de males ageno,
si vos tan noble y tan bueno
sois infelice tambien?
JUAN. Ya que la suerte siniestra
á mi dicha se oponia,
solo á los cielos pedia
hacer algo por la vuestra.
Cuando el papel que bendigo
me dió el inmenso placer
de poderos defender
de tan soberbio enemigo,
dijo el alma alborozada:

Su venganza, sus traiciones
me van á dar ocasiones
para sufrir por mi amada.
Ya morar me parecia
cárceles de espanto llenas
y que al son de las cadenas
vuestro nombre repetia.
Ya que me buscaba el pecho
traidor puñal vengativo,
y recordando el motivo
yo espiraba satisfecho.
Mas burlando la esperanza
del corazon que os adora
solo un destierro, señora,
me ocasiona su venganza.

ISABEL. Os destierra!

JUAN. Y he sentido
que mi fortuna cruel,
de vos me aleje, Isabel,
sin haberos merecido.

ISABEL. Partir...

JUAN. Sí; cuando empezaba
á mereceros amante.

ISABEL. Qué! No habeis hecho bastante
para hacerme vuestra esclava?
Aun sentís?..

JUAN. Señora, siento
el deber esa bondad
más á la agena maldad
que al propio merecimiento.

ISABEL. Callad, don Juan, que ya Dios
mis injusticias castiga
cuando á recibir me obliga
amparo solo de vos.

JUAN. Es castigo?

ISABEL. Para mí
no puede más duro ser,
que obligarme á conocer
que injusta con alguien fuí.

JUAN. Siento que tanto os oprima
la gratitud... no es razon...

ISABEL. No aumenteis por compasion
el pesar que me lastima.

¿Pensais que el alma rechaza
su justo agradecimiento,
el único sentimiento
que á la existencia me enlaza?
Cuando el mundo con horror
me dijo: «Son vanos nombres
eso que llaman los hombres
lealtad, nobleza y amor,»
aun de la misma virtud
insensata descreyera,
si vida no me infundiera
mi profunda gratitud.
El alma en trance tan duro,
sintiéndose ya morir,
ansiaba para vivir
algun sentimiento puro.
Solo vuestra fé segura,
solo á vos entonces ví,
y á Dios llorando ofrecí
procurar vuestra ventura.
No pude mejor empleo
de mi triste vida hacer,
vos vereis si puede ser
que se cumpla mi deseo.
(*Bajando los ojos.*)

JUAN. Isabel! Ay! Miro abierta
la puerta del paraiso,
voy á entrar y de improviso
el temor me desconcierta.
Detengo triste mi planta
temiendo infeliz haceros,
pues mucho mas que perderos,
sacrificaros me espanta.
Mi amor me manda que impida
sacrificio tan costoso.
Sí... parto: ya es venturoso
quien os deja agradecida.

ISABEL. Partis y sola me quedo...
sola, dó manda el impío!
Este palacio sombrio
me cubre de espanto y miedo:
antes, seguro valor
me prestaba la inocencia,

mas solo en vuestra presencia
respiro ya sin temor.

JUAN. (*Dudoso.*)
Isabel!...

ISABEL. Ay! El tirano
en mi desamparo triste...
recordad que no me asiste
ni una madre, ni un hermano.

JUAN. Pues bien, seguidme! Sí; Dios
que vuestro amparo me ha hecho,
sabrá sublimar mi pecho
hasta ser digno de vos.

ISABEL. Don Juan...

JUAN. Otro nombre anhelo,
otro nombre!

ISABEL. Yo os le doy.

JUAN. Isabel!

ISABEL. Y hoy mismo.

JUAN. Hoy
partiremos de este suelo.
Mil deudos tengo en Valencia,
hacienda, amigos constantes.

ISABEL. Vivamos allí distantes
de esta mísera existencia:
Hoy, nuestra union bendecida,
partimos, si.

JUAN. Dios supremo!

ISABEL. Porque á cada instante temo
por mi honor y vuestra vida.
Voy... quiero que al punto empiece
nuestra union.

JUAN. La dicha nuestra.

ISABEL. Los cielos hagan la vuestra.
que sois quien mas la merece.

ESCENA IX.

DON JUAN.—*Despues* DON GONZALO.

JUAN. Ellos hagan que mi amor
su dicha eterna consiga.
Pero ¿quién es quien me obliga

con tan inmenso favor?
Este anuncio...
(*Saca un papel.*)
No penetra
el alma.
(*Lee.*)
»Que aquí le aguarde
á las cinco de esta tarde...»
Temblando hicieron la letra:
(*Leyendo.*)
»Por señal orna su mano
un anillo de diamante,
en prueba de su constante
voluntad...» Quién llega? Hermano?

GONZ. Solo estás?

JUAN. Solo.

GONZ. Ya presto...

JUAN. A quién buscas?

GONZ. Busco á un hombre
que sin decirme su nombre
en obligacion me ha puesto.

JUAN. Tambien encontrar anhela
agradecido mi pecho...

GONZ. A quién?

JUAN. No sé quién me ha hecho
dueño feliz de Isabela.

GONZ. De Isabela!

JUAN. Corresponde...

GONZ. Pues el hombre que me obliga
quizás hacerme consiga
el secretario del Conde.

JUAN. Y dijo?...

GONZ. Que aquí le aguarde;
pues hoy á las cinco viene.

JUAN. Aguardarle me previene
á las cinco de esta tarde.
Quién será?

GONZ. Pues hemos hecho
algun bien, no te sorprenda
que haya un hombre que pretenda
tu ventura y mi provecho.

JUAN. Tú sabes que es muy estraño
hallar gratitud sincera.

GONZ. Dios quizás nos remunera
el pasado desengaño.
Quién pensara?...

JUAN. Ese rumor...
No, nadie.

GONZ. Con ansia anhelo
descubrir... sin duda...
(Escuchan otra vez. Contemplan un instante la puerta del fondo y aparece Rioja.)

GONZ. *(Retirándose y empuñando.)*
Cielo, Rioja!

JUAN. *(Idem.)*
Cómo! Traidor!

ESCENA ULTIMA.

RIOJA.—DON JUAN.—DON GONZALO.—*Al fin de la escena un* CRIADO DEL CONDE-DUQUE.—UN PAJE DE DOÑA ISABEL.—DON PEDRO.

JUAN. Ven, que por justa venganza
el cielo á saber te envia,
que á pesar de tu falsía,
se cumplió nuestra esperanza.

GONZ. A mí, secretario fiel,
el Conde me llama hoy.

JUAN. Y yo por tu infamia soy
esposo ya de Isabel.
(Dan las cinco: momento de silencio, en que don Juan y don Gonzalo contemplan con ansiedad la puerta del fondo.)

RIOJA. *(Con expresion marcada solo por el actor.)*
Las cinco.

GONZ. Cómo!

RIOJA. No obstante,
nadie llega...

JUAN. Hablad ¿Qué arcano?

RIOJA. Ved si es traidora la mano
que os presenta este diamante.

JUAN. Cielos! Vos... ¿Qué me revela?

GONZ. Esplicad por compasion...

RIOJA. *(A don Gonzalo.)*
Dice que tuve ambicion

porque adoraba á Isabela.
(A don Juan.)
Ella su amor infelice
puso en mí, y él su cariño:
yo... la sortija que ciño
claro lo demas os dice.

JUAN. Ah! perdon!

GONZ. Perdon os pido:
Qué hicísteis!

JUAN. Fiera virtud!

RIOJA. Demostrar mi gratitud
como noble y bien nacido.

GONZ. Y pensais que admitiria
cargo que vos anhelásteis!
Cómo! Tan poco pensásteis
que estimo á la patria mia!

JUAN. Pensais que mi pecho impio
tal sacrificio recibe,
que amando á Isabel la prive
de amor mas noble que el mio?
(Gritando.)
Nunca! Isabel!

RIOJA. Ah!

GONZ. Yo voy...
(Gritando.)
Conde!

RIOJA. Callad!

GONZ. No consiento...

RIOJA. *(Con solemnidad.)*
Dios oyó mi juramento,
y ya su ministro soy.

JUAN. Infeliz!
(Pausa.)

RIOJA. Cuál se engrandece,
cuánto goza el corazon
al ver que sus penas son
por quien tanto las merece!
Ya mi dolor no me asusta,
que ya lo endulza tu mano.

GONZ. *(Mirando al cielo.)*
Y yo sofoqué tirano
ambicion tan noble y justa!

JUAN. Y ella os juzgará traidor!

A vos, la misma lealtad.

RIOJA. Oh! No agoteis por piedad
los frutos de mi dolor.

JUAN. (*Resignándose.*)
Mandad...

RIOJA. Como nunca hice
las traiciones que en mí vé,
pienso yo, no sé por qué,
que Isabel no me maldice.
Mas despues... Sí, cuando á vos
os ame con fé segura
y pida yo su ventura
siendo ministro de Dios,
entonces, sí, yo os lo pido...
entonces...

JUAN. (Trance cruel!)

RIOJA. Decid á doña Isabel
que nunca traidor he sido.

JUAN. Lo juro: de esa manera
mis labios se lo dirán.

RIOJA. Y... perdonadme, don Juan,
es mi súplica postrera.
Si logra que yo sucumba
la contraria suerte mia,
dejadla que vaya un dia
á llorar sobre mi tumba.

JUAN. Oh! vuestro ejemplo será
la norma de mi existencia.
(*Un criado del Conde por la izquierda.*)

CRIADO. Don Gonzalo, su Excelencia
os aguarda.

RIOJA. (*Respondiendo por él.*)
Al punto va.

GONZ. Ese cargo me acobarda;
vos estuvisteis en él.

RIOJA. ¿Qué os importa?

UN PAJE. Doña Isabel
en la capilla os aguarda.
(*Pausa. Rioja le manda á don Juan con una mirada que parta.*)

JUAN. Pedid que no me abandone
nunca el divino poder,
para cumplir el deber

que vuestro ejemplo me impone.

RIOJA. No dudeis que asi lo pida
con fervor siempre en aumento.
(Don Pedro aparece en el fondo.)

LOS DOS. Ah!

RIOJA. Llegó el momento
de la eterna despedida.
Adios por siempre!
(Se abrazan.)

JUAN. Ay! Adios!

RIOJA. Házla feliz.

GONZ. (Trance impio!)

RIOJA. Ah! marchemos! Padre mio,
ya son felices los dos!
(Don Juan y don Gonzalo salen por las puertas laterales. Rioja se dirije al fondo.)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 7 de Enero de 1854.

Zarágoza.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El final de la escena de Isabel y Rioja, en el acto tercero ha parecido conveniente variarle. Se ha suprimido la salida de Elvira, y doña Isabel concluye la escena de este modo:

pues no puede mi desden
hacer que el alma no os quiera;
si yo evitarlo pudiera...
ay! os amara tambien...—
Os molesto: mi afliccion,
mi llanto sabré ocultar...
mas ¿cómo no he de llorar
cuando pierdo el corazon?
Basta: mi amor os enoja,
es necesario que muera.
Morirá! Por vez postrera
nos vemos...—Adios, Rioja.

El primer verso de la escena siguiente dice así:

La he perdido! Fuí traidor.